LA HISTORIA DE LOS VENCIDOS

(El Suicidio de Occidente)

Joaquín Bochaca O.

Cuarta Edición, 2006

WOTAN EDICIONES

Impreso en España — Printed in Spain.

Primera Edición: 1976, Tomo I.
Segunda Eición: Septiembre 1978, Tomo II.
Tercera Edición: Septiembre 1979. Obra Total.
Cuarta Edición: Noviembre 2006. Obra Total.

WOTAN Ediciones
Apartado de Correos 14.010
Barcelona

Regt. Emp Editoriales: 1.269 - 74.
ISBN: 84-8515-625-0 (para el Tomo I)
ISBN: 84-85156-48-X (para el Tomo II).
ISBN: 84-85156-46-3 (para la obra total).
Depósito Legal: B. 35.962-1976.

EL TESTIMONIO DE UN NAZI

"If our country were defeated, I hope we should find a champion as indomitable as Mr. Hitler to restore our courage and lead us back to our place among the nations."

(Si nuestro país fuera derrotado, desearía que encontráramos un campeón tan indomable como el señor Hitler para restaurar nuestro coraje y conducirnos otra vez al lugar que nos corresponde entre las naciones.)

Winston Churchill: *Step by Step,* Londres, 1937

"Those who have met Herr Hitler face to face in public business or on social terms have found a highly competent, cool, wellinformed functionary with an agreeable manner and a disarming smile."

(Los que se han encontrado con Herr Hitler cara a cara en asuntos públicos o en términos sociales han podido apreciar que se trata de un político altamente competente, ponderado, bien informado, de modales agradables y una desarmante sonrisa.)

Winston Churchill: *Great Contemporaries,* Londres 1935

LA OPINIÓN DE UN FASCISTA

"El genio romano, encarnado por Mussolini, el más grande de los legisladores modernos, ha enseñado a muchas naciones cómo puede resistirse el asalto del Comunismo y ha indicado la ruta que un país puede seguir cuando es valerosamente conducido."

"Con el régimen fascista, Mussolini ha establecido un centro de orientación a partir del cual los países enzarzados en la lucha con el Comunismo deben encontrar la salvación. Mussolini ha señalado a los pueblos que sufren bajo la influencia marxista el camino para escapar a la catástrofe que les amenaza."

Winston Churchill: *Step by Step,* Londres, 1937

PRÓLOGO

Este no es un libro en defensa de Alemania. Es un libro en defensa de la Verdad. Tampoco es un libro antisemita —sea lo que fuere lo que se intentare evocar con esa palabra equívoca— es una denuncia, ya formulada antes por otras personas fuera de España —muy pocas y muy parcialmente en España— contra ciertos individuos y ciertas Fuerzas. Si la abrumadora mayoría de los individuos sirviendo a tales Fuerzas resultan pertenecer a un grupo racial determinado, ello no es culpa del Autor, sino de la naturaleza de las actividades de tales individuos.

El Autor tiene plena conciencia de que muchas de las aseveraciones contenidas en este libro sorprenderán al lector. Pero, como puede comprobarse en la referenciación y bibliografía de esta obra, se ha procurado, siempre, buscar la prueba de parte contraria, o, al menos, el testimonio de personas absolutamen-te neutrales en relación a cada caso o situación planteados.

Algunas personas piensan que esta Edad de la Democracia —Liberal o Popular— es la más adecuada a la naturaleza del Hombre (o del Ciudadano, o del “Camarada”), que vive en el mejor de los mundos posibles. Una opinión bien panglossiana. Esas mismas personas gustan de pensar —¡el confort intelectual antes que nada!— que las guerras, revoluciones y catástrofes que continuamente se producen en este Planeta feliz no son más que accidentes, sin autores que los produzcan, ni Fuerzas que los canalicen...

En este libro se sostiene una opinión contraria; una opinión basada en el principio de causalidad. Y además, basada en hechos y en citas procedentes del campo “liberal”, no en teorías ni en frases entresacadas de discursos de Hitler, de Mussolini... o del noventa y cinco por ciento —como mínimo— de los celtibéricos profesionales de la pluma hasta mediados de 1943. Las conclusio-nes del Autor serán consideradas como contrarias al Viento de la Historia y, desde luego, como opuestas a la Coexistencia y a la Paz... ¡Como si fuera posible la Paz sin la Justicia! Por qué, ¡oh, ironía!, los feroces belicistas de 1939, los de-cididos a luchar —por Dantzig— hasta la última gota de la sangre de los demás son, ahora, los exégetas patentados e involuntariamente humorísticos del Marxismo Evolutivo, que interpretan un botazo de Krutschev o una “boutade” de Kossygin como un síntoma de deshielo.

No; tal vez no sea este libro una contribución a la sedicente Causa de la Paz. Pero el Autor sustenta la anticuada opinión de que hay, por lo menos, dos cosas que justificarán, siempre, una guerra y mil guerras... por lo menos mien-tras el Homo Sapiens tenga cerebro, corazón y sexo. Una de ellas es la Injus-ticia... Y la otra, la “Pax Sovietica”.

CAPÍTULO I

VERSALLES

El Tratado de Versalles es un dictado de odio y de latrocinio.

STALIN

Cuando el 11 de noviembre de 1918 se firmó el Armisticio en Compiègne fue con la condición explícitamente aceptada por los países Aliados de que, en el subsiguiente tratado de paz se aplicarían los catorce puntos de Wilson, solemnemente proclamados como finalidad de guerra de los Estados de la Entente.

Las circunstancias bajo las cuales el Armisticio fue firmado deben ser tenidas muy en cuenta. El Alto Mando alemán no solicitó el Armisticio porque sus ejércitos hubieran sido derrotados. En el transcurso de los cuatro años que duró la guerra, las tropas alemanas y austrohúngaras lucharon siempre en territorio extranjero: en Bélgica, Francia, Italia, Serbia, Rumania, Grecia, Rusia... Los Ejércitos Centrales nunca fueron vencidos en el campo de batalla, ni siquiera en Verdún, donde la heróica resistencia de los franceses hizo fracasar la ofensiva de Von Falkenhayn, pero sin que en el contraataque que siguió pudieran los galos obtener ventaja alguna. El Gobierno alemán solicitó el Armisticio porque los grupos "espartakistas" y comunistas de Rosa Luxembourg y Liebknecht estaban convirtiendo la retaguardia alemana en un campo de batalla y amenazaban con desatar una revolución generalizada del mismo tipo que la sobrevenida en Rusia un año atrás. Por otra parte, la entrada en guerra de los Estados Unidos convertía en problemática una rápida victoria germánica, y una victoria rápida era imprescindible si se quería evitar que la amenaza bolchevique interior degenerara en un cáncer imposible de controlar. Berlín pidió el Armisticio sobre la base del programa de Wilson, esto es, de una "paz sin vencedores ni vencidos", para poder dedicar todo el peso de su esfuerzo contra el bolchevismo interior y el que se insinuaba, amenazador, en las fronteras orientales del Reich.

El Armisticio fue firmado como preludio de una paz negociada. Es extremadamente importante tener bien presente este hecho, porque un Armisticio acordado en tales condiciones es muy diferente de una rendición incondicional.

"La guerra no debe terminarse con un acto de venganza. Ninguna nación, ningún pueblo deben ser robados o castigados. *Ninguna anexión, ninguna contribución, ninguna indemnización."* Éstas sabias y generosas fórmulas, que hicieron que el ingenuo Estado Mayor alemán depusiera las armas, creyendo en la

palabra de honor y en las promesas de los estadistas aliados, *promesas ratificadas bajo firma en el Armisticio de Compiègne,* constituyeron, sin duda alguna, el mayor crimen político de la Historia de Europa y prepararon con matemática certeza, la siguiente conflagración mundial.

Bien sabido es que el vencedor se irroga todos los derechos y que dicta la paz. A pesar de todas las fórmulas altisonantes, slogans más o menos manidos para narcotizar incautos y reclutar carne de cañón, los "tratados" de paz no son más que la continuación de la guerra por medios diplomáticos, y su finalidad no es determinada por una especie de "justicia inmanente", sino por el objetivo perseguido por las potencias vencedoras.

No obstante, conviene recordar que, en 1871, al final de la guerra franco-prusiana, que terminó con la más completa derrota francesa, el canciller Bismarck no exigió más que la devolución de Alsacia-Lorena y una módica reparación de guerra. Alemania no le robó ningún territorio a Francia [(1)] ni creó, a su alrededor, un "cordón sanitario" de estados artificiales y hostiles, ni la forzó a "reconocer", bajo el chantaje del bloqueo por hambre, su "exclusiva culpabilidad" en el desencadenamiento de la guerra. Alemania no atentó contra el rico e indefenso imperio colonial francés; antes bien, aún facilitó a Francia la posibilidad de una expansión colonial a fin de que se resarciera de sus pérdidas en Europa y recompusiera su prestigio de gran potencia... Sesenta años atrás, cuando el primer Napoleón fue derrotado por una coalición de la que las germánicas Prusia y Austria formaban parte preponderante, Metternich fue el mejor abogado de Talleyrand frente a las exigencias inglesas, y Francia, inerme y a merced de una poderosa coalición de vencedores, fue respetada en la integridad de su territorio metropolitano. Pero la xenófoba actitud de los políticos de París, rencorosos hasta el ridículo, contribuyó poderosamente, en 1918 —con el apoyo de una Inglaterra antieuropea y una Norteamérica desconocedora de los problemas de nuestro continente— a la eclosión del llamado "Tratado de Versalles", uno de los documentos más inicuos que fueron jamás rubricados por representantes de naciones civilizadas.

EL CHANTAJE DEL BLOQUEO POR HAMBRE

En el Armisticio de Compiègne los vencedores estipularon que el Tratado de Paz debería firmarse dentro de un plazo de treinta y seis días, notoriamente insuficiente para resolver todos los problemas planteados. Cada prolongación del estado de Armisticio debía ser comprada por Alemania con nuevas concesiones: entregas de carbón, de material ferroviario, de productos alimen-ticios, de patentes

---

(1) Los territorios de Alsacia y Lorena habían sido anexados por Francia, haciendo caso omiso de todos los tratados anteriores, después de 800 años de formar parte de estados germánicos.

He aquí los nombres, tan *franceses,* de las poblaciones alsacianas de más de cinco mil habitantes: Strasbourg, Mulhausen, Reichshoffen, Pechelbronn, Wissenbourg, Thann, Savern-Haguenau, Huningen, Pahlsbourg, Colmar, Altkirch, Schirmeck, Schiltigheim, Guebwiller, Brischen, Brumath, Munster, Bitche, Merlebach, Niederbronn, Saarabbe. (*N. del A.*)

de invención, de maquinaria... Entre tanto, los revolucionarios de Alemania alentados y subvencionados desde fuera, desencadenan una se-rie de revueltas que obligan a la Wehrmacht a dedicarles toda su atención. Puede afirmarse que, sin la acción de los bolcheviques a finales de 1918, y en vista del engaño que se insinuaba, el Estado Mayor alemán habría continuado las hostilidades. En Compiègne, Alemania había firmado un Armisticio sobre la base de los puntos de Wilson, es decir, prácticamente, una paz-empate. Pero entre Compiègne y Versalles, la Entente falta a sus compromisos, se aprovecha —alentándola— de la Revolución bolchevique en Alemania, y del tiempo ganado, que permite la llegada de nuevos contingentes norteamericanos a Francia, y modifica fundamentalmente la situación a su favor. En noviembre de 1918, cuando se firma el Armisticio de Compiègne, el Ejército alemán invicto, puede oponerse a una abusiva explotación de la victoria aliada. Pero en febrero de 1919, la Wehrmacht debe luchar en el frente interior contra los rojos y, por otra parte, la Entente ha ganado un tiempo precioso. Londres y París —y ciertas fuerzas internacionales que se mueven entre bastidores— explotarán el nuevo estado de cosas.

El chantaje aparece crudo y descarnado cuando Inglaterra y Francia deciden iniciar el bloqueo por hambre para apoyar sus exigencias, cada vez más desorbitadas. Winston Churchill, primer Lord del Almirantazgo, declara:

"Continuemos practicando el bloqueo por hambre con todo su rigor. Alemania está a punto de perecer de hambre. Dentro de muy pocos días estará en pleno colapso... entonces será el momento de tratar con ella" (2).

Unos días después, Alemania debe entregar toda su flota mercante a Inglaterra. La flota de guerra seguiría unos días después. Francia, por su parte, exige el desmantelamiento de centenares de fábricas, y destruye todo lo que no puede llevarse.

En vano el mariscal Haig, comandante supremo de las fuerzas británicas aconseja poner fin a los abusos y no herir sin necesidad la dignidad del pueblo alemán. Lloyd George, Churchill y su "clique" le recuerdan que sus deberes de militar terminaron con el "alto el fuego". Ahora la palabra es de los políticos, que incluso empiezan a pelearse entre ellos por el derecho a la mayor cantidad posible de despojos del vencido. Es imposible imaginar una más cínica violación de unos acuerdos rubricados solemnemente. La Cruzada del Derecho y la Democracia se ha transformado en un Patio de Monipodio. Los acuerdos de Compiègne ya no cuentan para nada. Clemenceau proclamará, sin ambages: "Los acuerdos pasan, pero las naciones quedan".

Pero hay que adoptar una apariencia de legalidad. Hay que convencer al hombre de la calle de que, siendo Alemania culpable de la guerra, justo es que sobre sus hombros caigan todas las cargas de la misma. Por eso en el "tratado" se incluye una cláusula que dice: "Las potencias aliadas declaran, y el Gobierno alemán solemnemente admite, que la culpabilidad total en el desencadenamiento de la guerra incumbe a Alemania".

---

(2) Declaración ante la Cámara de los Comunes. 3-III-1919.

El conde Brockdorff-Rantzau, jefe de la Delegación alemana en Versalles, abandona su puesto, alegando que su concepto del honor le impide apoyar, con su firma, una tal enormidad.

Pero nuevamente Inglaterra y Francia amenazan con una reanudación del bloqueo y la ocupación "sine die" de territorios que, incumpliendo los acuerdos del Armisticio de Compiègne, han invadido, sobre todo en Renania y Baviera.

Von Haniel, sustituto de Brockdorff-Rantzau, anuncia que "Alemania se doblegará a todas las exigencias de sus enemigos: algunas de las cláusulas del Tratado sólo han sido incluidas para humillar a Alemania y a su pueblo. Nos in-clinamos ante la violencia de que somos objeto porque después de todo lo que hemos sufrido, no disponemos ya de ningún medio para contestar. Pero este a-buso de la fuerza no puede empañar el honor de Alemania".

Ciertos juristas de ocasión se rasgarán, años más tarde, sus democráticas vestiduras cuando Hitler, solemnemente, declare nula la cláusula de la culpabilidad exclusiva de Alemania en la primera hecatombe mundial.

EL "DIKTAT"

El 28 de junio de 1919, forzada por el chantaje del hambre y la ocupación militar extranjera, Alemania ponía su firma al pie del Tratado de Versalles. Otros cuatro "diktats" eran impuestos a Turquía, Hungría, Austria y Bulgaria: los de Sèvres, Trianon, Saint Germain y Neuilly.

Los vencedores no sólo incumplieron su palabra, empeñada en Compiègne, sino también el preámbulo y articulado del Pacto de la Sociedad de Naciones, redactado el 28 de abril de 1919. A pesar de que los países de la Entente se habían comprometido a "no llevar a cabo una política de anexiones" y habían solemnemente declarado que "ningún territorio será separado de otro si no es con la expresa voluntad y aquiescencia de sus habitantes".

a) Francia se anexionó el Reichland (Alsacia-Lorena) con 14.500 km.^{2} y 1.950.000 habitantes.

b) Bélgica se incorporó las comarcas de Eupen, Moresnet, Malmedy y St. Vith, con 3.300 km.^{2} y 130.000 habitantes.

c) El territorio de Memel (2.150 km.^{2} y 141.000 habitantes) fue separado del Reich y administrado por Francia como territorio autónomo, hasta que en 1924 la Sociedad de las Naciones se lo atribuyó a Lituania.

d) Dinamarca se anexionó el Schleswig del Norte, con 4.200 km.^{2} y 175.000 habitantes.

e) Polonia, estado inexistente desde 1795, fue resucitada por Clemenceau, con la única finalidad de completar el cerco de Alemania con países hostiles a ella. Con el único objeto de fortalecer al "gendarme" polaco, se le regalaron territorios tan indiscutiblemente germánicos como Sudaneu (550 km.^{2} y 30.000 habitantes); Posen (26.000 km.^{2} y 1.900.000 habitantes); Alta Silesia, riquísima región minera (3.300 km.^{2} y un mi-llón de habitantes); Soldau (500 km.^{2} y 35.000 habitantes); más una porción de la Prusia

Occidental, con el control efectivo de la teóricamente "Ciudad Libre" de Dantzig (17.700 km.² y 1.300.000 habitantes).

f) Checoslovaquia, otra invención de los versallescos aprendices de brujos, recibió el territorio de los Sudetes (unos 15.000 km.²) que contenía unos 3.200.000 alemanes.

g) El territorio del Saar fue colocado bajo administración francesa con la condición de que, al cabo de "un cierto tiempo", se consultaría democráticamente a los habitantes sobre si deseaban formar parte de la República francesa o bien preferían reincorporarse al Reich. Francia explotaría esa ri-ca región minera durante catorce años. En 1933, la inmensa mayoría de los votantes se decidieron por el retorno a la soberanía alemana, pese a las medidas policíacas arbitradas por París para tratar de quedarse con el Saar por el cómodo sistema de la prescripción histórica.

h) La Renania fue ocupada, unilateralmente, por tropas francesas, desde diciembre de 1918 hasta mediados de 1920 y, posteriormente, otra vez, en 1923, en dos incursiones de rapiña y saqueo que fueron calificadas por Sir John Simon, ministro británico de Asuntos Exteriores, de "pirate-ría". El "diktat" autorizaba a Francia a estacionar tropas en Renania du-rante tres años, para controlar la producción de acero y, a la vez, como garantía del pago de las reparaciones de guerra.

i) Basándose en el tan cacareado "derecho de los pueblos a disponer de sí mismos", la antigua monarquía de Austria-Hungría, piedra básica de Centro-Europa, fue desmembrada, si bien en ningún caso se consultó a las poblaciones interesadas sobre la orientación que deseaban dar a su destino. Violando, por enésima vez, sus propios principios y promesas, incumpliendo el articulado del Pacto de la Sociedad de Naciones, creado por ellos mismos, los estadistas democráticos se sacaron de su manga de prestidigitadores un nuevo naipe: Yugoslavia, que englobó los terri-torios de Montenegro, Croacia, Eslovenia, Bosnia, el Bánato —arrebatado a Hungría—, Macedonia Occidental, Herzegovina, Serbia [(3)], la Estiria del Sur y porciones de Carintia y Carniola, con una población germáni-ca de casi doscientos mil habitantes y una extensión de 2.500 km.²

j) Para contentar al aliado italiano, se le concedieron los dos puertos austrohúngaros del Adriático, Fiume y Trieste, atropellando, una vez más, el derecho de la libre disposición de los pueblos.

k) El Tirol del Sur, con mayoría de población austroalemana, fue atribuido a Italia.

l) Tracia fue arrebatada a Bulgaria en beneficio de Grecia.

m) A pesar de su mayoría de población magyar, y en contra del deseo expreso de ésta (manifestado en la Dieta de Carlsberg, de 1° de diciembre de 1918),

---

(3) La defensa de Serbia fue el pretexto oficial de la Entente para "su" guerra. Y, vencedoras las democracias, Serbia pierde su libertad, al ser integrada, por fuerza, en el amorfo conglomerado yugoslavo. También en 1939 se haría la guerra por Polonia y, al llegar la Victoria, los polacos se convertirían en satélites soviéticos. (*N. del A.*)

Transilvania fue adjudicada a Rumania. Sin consultar al "pueblo soberano" le fueron, también, atribuidas a Rumania la Besarabia y la Bukovina, así como los dos tercios del Bánato (el tercio restante fue para Yugoslavia).

n) El imperio otomano fue reducido a su núcleo de Anatolia, más Estambul y una pequeña área anexa, en el continente europeo.

o) Para contentar al aliado griego, se le adjudicó el territorio de Argyro-Castro, en Albania, más como Italia consideraba que sus hazañas en la Cruzada del Derecho y la Democracia no habían sido suficientemente bien pagadas en el Adriático, los albaneses debieron cederles —huelga decir que sin consulta popular— el territorio de Vallona.

p) A pesar de que Lituania, Letonia y Estonia eran países que habían sido paulatinamente ganados para Europa merced al concurso del genio germánico que en diversas ocasiones neutralizó la influencia eslava que amenazaba desbordarse en el Báltico, y sin tener en cuenta que el Tratado de Brest-Litovsk y la Dieta de Wilno reconocían a Lituania y Letonia como parte integrante del Reich, el Tratado de Versalles decidió, unilateralmente, la independencia de esas tres inviables repúblicas del Báltico.

q) Eslovaquia, a pesar del deseo notorio de sus habitantes de obtener la independencia nacional, había sido incluida, por fuerza, en el "Estado checoslovaco", cuya población checa, que representaba algo más del tercio del total, dominaba a los dos tercios restantes —apoyándose en las cláusulas de Versalles—, compuestos de alemanes, eslovacos, ucranianos y húngaros.

Estas son, a grandes rasgos, las alteraciones territoriales promovidas por el Tratado de Versalles y sus anexos. La fisonomía de Europa fue desfigurada por una buena treintena de golpes de bisturí, que crearon otros tantos puntos de fricción entre la mayor parte de los países del Viejo Continente. Por otra parte, la balcanización general —siete nuevos estados independientes—, añadía una pincelada más al cuadro del desorden y el desconcierto generales. Se crearon "ex nihilo" nuevas naciones, como Checoslovaquia y Yugoslavia, se resucitaron otras, como Polonia, Lituania, Letonia y Estonia... pero se olvidaron viejas naciones auténticas, como Ucrania, Macedonia, Eslovaquia y Croacia... En algunos casos, y en un intento de cubrir las apariencias, los vencedores preten-dieron justificar sus anexiones mediante la celebración de plebiscitos falaces. En la Alta Silesia, por ejemplo, se procedió a la expulsión de los alemanes de aquella región, y luego se consultó a los componentes de la minoría polaca y a las tropas de ocupación de Pilsudski si deseaban integrarse en el nuevo Estado polaco. En el Schleswig, los partidarios de continuar formando parte del Reich obtuvieron la victoria en las elecciones —controladas por tropas coloniales francesas— por 97.000 votos contra 69.000. Entonces, a propuesta de Clemen-ceau, la Comisión de Embajadores encargada de la interpretación de los resul-tados del escrutinio trazó, arbitrariamente, dos zonas: Norte y Sur, adjudicando la segunda a Alemania y la primera a Dinamarca.

La vieja política francesa, consistente en crear estados imaginarios e inviables alrededor de Alemania, tuvo su culminación en Versalles: aparte de

desenterrarse al viejo fantasma polaco y de inventarse dos monstruos de la geopolítica. Checoslovaquia y Yugoslavia, a los que se cebaba con extensos territorios de población con mayoría germánica, Francia se instalaba en la orilla izquierda del Rhin, con las miras puestas en el Saar y la Renania, y se entregaban más tierras alemanas a Dinamarca y Bélgica, transformándolas, "volens nolens", en enemigas naturales de Alemania. Holanda debía, igualmente, formar parte del anillo antialemán, según los planes de Clemenceau. En efecto, el viejo "Tigre", tan generoso con las posesiones de los demás, quería entregar la comarca de Ems a los holandeses, pero éstos renunciaron a ese "regalo envenenado".

A pesar de que Inglaterra y Francia "no hacían una guerra de anexiones" —según frase del Premier Asquith— se repartieron el imperio colonial alemán y las posesiones otomanas en África y el Oriente Medio, sin preocuparse poco ni mucho de consultar democráticamente a los colonos blancos ni a las poblaciones indígenas interesadas. Diversos estadistas británicos, Asquith, Chamberlain, Bonar Law y Lloyd George entre otros habían públicamente prometido que Inglaterra no dirigía una guerra de conquistas. Lord Asquith había declarado, en la Cámara de los Comunes: "No deseamos aumentar la carga de nuestro imperio, ni en superficie territorial, ni en responsabilidades" (4).

El despojo de las colonias alemanas representaba una nueva violación de los acuerdos del Armisticio y, concretamente, del 2.° punto de Wilson, en que se estatuía que "pueblos y provincias no deben pasar de una soberanía a otra como apuestas que se pierden o se ganan sobre una mesa de juego, en la cual se ventila el equilibrio de los poderes interiores".

He aquí cómo Inglaterra "aumentó las cargas de su imperio en superficie territorial y en responsabilidades", faltando para ello a su palabra empeñada:

a) África del Sudoeste alemana, atribuidas en calidad de mandato a la Unión Sudafricana, entonces miembro de la Commonwealth. Territorio de 822.876 km.², con riqueza ganadera y yacimientos de oro, diamantes, cobre y uranio.

b) África Oriental alemana (la actual Tanganyika), con 935.000 km.² y una población indígena de 5.500.000 habitantes. Pasó bajo soberanía británica en calidad de mandato.

c) Togo Meridional y Camerún del Sur, con un total de 280.000 km.² Territorios colocados bajo tutela británica por decisión de la Sociedad de Naciones.

d) Nueva Guinea alemana, más los archipiélagos vecinos, Bismarck, Salomón, Nueva Hannover, Bougainville, Lincoln e Islas del Kaiser, atribuidos, en calidad de mandato, a Australia, miembro del Reino Unido. Extensión total de éstos territorios: 240.000 km.²

e) Archipiélago de la Samoa, anexionado por la Gran Bretaña, en calidad de mandato de Nueva Zelanda, 2.700 km.²

(4) Declaración ante la Cámara de los Comunes, 2-X-1915.

f) Egipto, arrebatado a la soberanía otomana y colocado bajo tutela británica: 995.000 km.²
g) Chipre, igualmente sustraído al imperio otomano: 9.300 km.²
h) Palestina, anexionada en calidad de mandato: 23.500 km.²
i) Mesopotamia (Irak), arrebatada, como Palestina, al imperio otomano, y declarada mandato del Reino Unido, 375.000 km.²

En conjunto, pues, el imperio británico, abanderado de la democracia y defensor patentado del Derecho Internacional, "aumentó las cargas y responsabilidades de su imperio" con 3.700.000 km.² de territorios, de los cuales 2.280.500 fueron arrebatados a Alemania y 1.419.500 a Turquía.

El imperio francés, por su parte, se avino a aumentar, también, las "cargas" de su imperio en 681.500 km.², de los cuales 485.000 procedían del despojo del Camerún y el Togo, arrebatados a Alemania, y los otros 196.500 del Líbano y Siria, anteriormente partes integrantes del imperio otomano.

La liquidación del imperio colonial alemán se consumó con la entrega del archipiélago de las Carolinas así como la región de Shantung, en China continental, al Japón, y del territorio de Ruanda-Urundi, en el África Central, a Bélgica.

Mencionemos que ni una sola de esas anexiones se realizó previa consulta democrática de las poblaciones interesadas, a las que se trató "como apuestas que se pierden o se ganan sobre una mesa de juego". Al igual que en el caso de las modificaciones territoriales europeas, la liquidación de los imperios colonia-les alemán y otomano se llevó a cabo pisoteando los principios por los cuales los Aliados decían haber hecho la guerra y se habían comprometido a respetar.

El punto IV de Wilson, referente al desarme general, fue incorporado al Tratado de Versalles, pero en la práctica, sólo se aplicó a los vencidos. Al Reich se le autorizaba un Ejército de cien mil hombres, sin aviación, prácticamente sin flota de guerra, y sin armas pesadas. El Ejército alemán representaba, así, una décima parte del Ejército polaco. Por su parte, Francia se negó al desarme y los demás países democráticos, sin negarse oficialmente a ello, no sólo no desarmaron, sino que aún incrementaron su potencial bélico, y continuaron guerreando alegremente en los Balcanes, en Rusia, en Ucrania, en el Lejano Oriente, en Palestina y, en general, allí donde les convino.

Alemania, sola y desarmada en medio de un anillo de estados hostiles. Con el peligro bolchevique en el Este, y otro, de la misma naturaleza, y más peligroso, si cabe, dentro de casa. Con una Polonia xenófoba y envalentonada a un lado, y un Ejército de ocupación francés en el otro. No era esto lo convenido cuando el "alto el fuego"; no era esto la expresión de los "nobles ideales" por los cuales docenas de pueblos habían sido arrastrados a la guerra...

Esto no era una "paz sin vencedores ni vencidos" (5), como tampoco era una "paz sin contribuciones ni indemnizaciones" según se había convenido en Compiègne. Se obligó a Alemania a cargar con los gastos de reconstrucción de las regiones que había ocupado militarmente en Francia, Bélgica y Rumania. Esto, más o menos, podía defenderse. Lo que ya no podía defenderse tanto es que se incluyeran, en las reparaciones, los daños causados por los propios franceses en Alsacia-Lorena. Y lo que ya no tenía ninguna justificación, moral o jurídica, era

que se hicieran pagar al Reich los daños de guerra sufridos por las poblaciones civiles de las regiones no ocupadas. Esto era un abuso. Pero, no contentos con el abuso repetido, los democráticos campeones de la libertad y de la propiedad privada forzaron a Alemania a pagar los gastos de las tropas de ocupación en su propio territorio. El alemán tenía que trabajar para poder pagar el sueldo del senegalés que se hospedaba en su casa [6].

En Versalles no se fijó la suma total de las reparaciones que Alemania debía pagar, sino que se encomendó esa misión a una conferencia ulterior. Mientras economistas y expertos calculaban sabiamente lo que Alemania podría pagar en los siguientes cuarenta o cincuenta años, la sórdida cuestión de las repa-raciones se convirtió en un arma electoral, en una subasta política. En Inglaterra Bonar Law prometió a sus electores que, si tenían el supremo acierto de votar por él, se harían pagar a Alemania no menos de cuatrocientos mil millones de marcos oro. Inmediatamente Lloyd George anunció que si el electorado tenía el buen gusto de votar por él, Alemania debería pagar cuatrocientos ochenta mil millones de marcos. Esto obligó a Bonar Law a subir hasta el medio billón. En Francia, Loucheur pujó hasta los ochocientos mil millones. Naturalmente, esa subasta sólo podía terminar con la victoria del bien conocido genio financiero judío: “Le boche payera tout”, dijo Simon Klotz, ministro de Finanzas con Poincaré.

Las promesas de Wilson, las convenciones de Compiègne, y el articulado de la Sociedad de Naciones fueron arrojados a la basura. El hecho de no avenirse a fijar la cantidad que se exigiría a Alemania es la mayor prueba de las verdaderas intenciones de los vencedores. Así se reservaban el “derecho” de aplicar más sanciones a los vencidos en el caso de que éstos no cumplieran, o no pudieran cumplir lo “pactado”. Y “lo pactado” era cualquier cifra demencial que pudiera ocurrírsele a un “defensor del derecho” en plena campaña electoral. Francia fue quien, más que nadie, impidió se fijara una cifra concreta. Sus intenciones las revelaría con arrolladora franqueza Poincaré:

“Lamentaría sinceramente que Alemania pagara. Prefiero la ocupación y la conquista a embolsar el dinero de las reparaciones” [7].

Por fin, el 27 de abril de 1921, la comisión de reparaciones fijó, mayestáticamente, la cifra que Alemania debía pagar: 137.600.000.000 de marcos oro. La negativa alemana a aceptar tal astronómica cifra fue contestada con un ultimátum de Londres, el 5 de mayo de 1921, según el cual, si el Reich no reconocía esa deuda, la flota anglofrancesa reanudaría el bloqueo de Alemania, y la permanencia de los ejércitos de ocupación en suelo alemán se prolongaría sine die.

Peter Kleist escribe, a propósito de las sedicentes reparaciones de guerra:

“La suma de 132.000.000.000 de marcos oro, más los 5.600 millones para

[5] Mensaje de Woodrow Wilson al Senado, el 21-I-1917.

[6] Los bien conocidos abusos de las tropas coloniales francesas, benévolamente tolerados, cuando no fomentados, por las autoridades Aliadas de ocupación, fueron reconocidos por la prensa francesa de la época, con las publicaciones izquierdistas en cabeza. (*N. del A.*)

[7] Conferencia de Prensa del 27-VII-1922.

pagar las deudas de guerra belgas, representaba, en total, el cuádruplo de las reservas de oro mundiales. Se correspondía, aproximadamente, con la totalidad de los bienes alemanes del año 1914. Era treinta y cuatro veces mayor que las contribuciones francesas del año 1871” [8] y eso que el Canciller de Hierro nunca pretendió que hacía la guerra “por el derecho” o “por la democracia”, sino que se limitó a responder a la declaración de ruptura de hostilidades por Napoleón III. Bismarck, el difamado canciller, se limitó a recuperar la Alsacia y la Lorena y a imponer a su inerme enemigo la razonable contribución de guerra de 4.000 millones de marcos oro, que Francia pudo, con relativa facilidad, pagar en tres años.

Las incautaciones de las flotas mercante y de guerra de Alemania no se dedujeron —como hubiera sido lo lógico— de la cifra de 132.000 millones. Tampoco se tuvieron en cuenta, en el cómputo total, el valor de las patentes robadas a Alemania, ni los 11.000 millones de marcos correspondientes al valor de los bienes alemanes en el extranjero, confiscados por los vencedores, ni los centenares de industrias desmanteladas por los franceses, ni el pillaje, sistemáticamente organizado, de obras de arte. Todo esto fue englobado bajo el aleatorio, subtítulo de “reparaciones especiales” y pasado a beneficio de inventario.

Se obligó a Alemania a aceptar el control de la navegación fluvial en sus grandes ríos, Oder, Elba, Wesser y Rhin, lo que estaba en contradicción con los principios de la recién fundada Sociedad de Naciones, que preveían la plena soberanía de cada nación dentro de su propio territorio.

Mírese por el ángulo que se quiera, el llamado “Tratado de Versalles” es indefendible, moral y jurídicamente hablando. El hecho de haberse impuesto mediante el chantaje del bloqueo por hambre de haberse redactado quebrantan-do todas y cada una de las solemnes promesas anteriores y violando los principios de la Sociedad de Naciones, creada por los propios vencedores lo tacha de invalidez.

LA PREPARACIÓN DE LA FUTURA GUERRA

El presidente del Consejo de Ministros de Italia, Francesco Nitti escribió, en 1922, un libro titulado: *El Tratado de Versalles como instrumento para continuar la guerra*, con un apéndice, “El grave error de las reparaciones”, en el cual, el autor, que no puede, en modo alguno, ser sospechoso de germanofilia, demuestra que, en un plazo más o menos largo, Versalles será la causa de una nueva guerra de la cual no saldrán, en Europa al menos, más que vencidos.

Con la “jurisprudencia” de Versalles, además, la guerra dejaba de ser el recurso de la extrema necesidad a que se acogían los gobernantes de cada país

[8] Peter v. Kleist: *Auch Du warst dabei!*

[9] Peter Kleist: Op. cit.

para defender sus derechos —o lo que creían tales— y sus necesidades vitales. Versalles representa el nacimiento del maniqueísmo político, con la consagración del bien absoluto (la democracia) y del mal abyecto (la autocracia). Los vencedores se irrogan todos los derechos y los vencidos son los réprobos desti-nados al castigo de sus jueces. En el futuro ya no habrán más guerras, sino cruzadas del Bien contra el Mal. Toda la gigantesca maquinaria de la propagan-da había estado trabajando desde 1914 (y aún antes) hasta noviembre de 1918, por los Aliados, los "buenos". Desde entonces arranca la leyenda de las fábricas de aprovechamiento de cadáveres, de las violaciones de monjas, de los bom-bardeos deliberados de catedrales, de los niños con los ojos pinchados a bayone-tazos. Desde entonces, también, se crea la contraverdad histórica del militarismo alemán y se presentan todas las guerras en que tomaron parte Prusia y los otros estados alemanes como "expediciones de rapiña".

"La Verité est ce que l'on fait croire", decía Voltaire. Con arreglo a esta técnica se fabrica la tesis irreversible de la "Alemania guerrera" y, paralelamente, de la "Francia democrática", continuamente invadida, sin razón alguna, por un vecino bárbaro y belicoso que cree en la superioridad de la fuerza sobre el derecho, al revés que la "Patria del Mundo", la dulce Francia...

Peter Kleist reproduce, a este respecto, lo que dice el historiador y eco-nomista francés Charles Gide:

"Conozco ciertas incursiones más allá del Rhin, que provocaron cierto ruido en el mundo: me refiero a las de Luis XIV y Napoleón I. Por lo que se refiere a las invasiones alemanas ocurridas en el transcurso del siglo pasado, o sea, las de 1814, 1815 y 1870, hay que reconocer que las tres estaban plenamente justifi-cadas, ya que las dos primeras constituían la respuesta a las cinco invasiones na-poleónicas, y la tercera a una de las declaraciones de guerra más estúpidas que ha habido" [(9)].

En verdad; un escritor que se sintiera inclinado a representar a Francia en un plano desfavorable con respecto a Alemania, encontraría, en la historia de las invasiones francesas de Alemania un casi inagotable arsenal propagandístico. Entre 1300 y 1600 anotamos "solamente" siete invasiones francesas de territorio germánico. Entre 1635 y 1659, la Guerra de los Treinta Años, sostenida por la obstinación del cardenal Richelieu, devastó a Alemania; pueden señalarse, como mínimo, quince invasiones. En la guerra sostenida por Francia contra Holanda en 1672, los franceses violaron el suelo germánico en cuatro ocasiones más, como mínimo. Después, entre 1676 y 1686, Francia cometió, al menos, diez actos de agresión mayor contra Alemania. La guerra de la Liga de Augsburgo en 1688 no fue, en realidad, más que una "guerra preventiva" contra los estados alemanes, con la consiguiente devastación del Palatinado y las destrucciones de las villas universitarias de Worms, Speyer y Heidelberg. En 1702, 1703 y 1740 se producen nuevas invasiones francesas de Alemania. Una vez más, durante la Guerra de Siete Años (1756-1763) la agresión francesa contra Alemania se repitió. Finalmente, Napoleón, "ese italiano ilustre" —como le llamaba Spen-gler— convirtió el territorio alemán en un campo de batalla durante veinte años consecutivos. En

---

[(10)] P. Sorokin: *Social and Cultural Dynamics.*

resumen, desde la Edad Media hasta nuestros días, Francia ha agredido a los estados alemanes como mínimo, en treinta o treinta y cinco oca-siones.

Con respecto al supuesto dogma de la peculiar belicosidad germánica, el americano profesor Sorokin [10] nos facilita la siguiente estadística —que lo destruye por completo—, en la que expone el promedio de tiempo que pasaron en guerra estos países:

Polonia	58 %
Inglaterra	56 %
Francia	50 %
Rusia	46 %
Países Bajos	44 %
Italia	36 %
España	30 %
Alemania (incluyendo Austria)	28 %

De estos datos se deduce que los diversos estados alemanes (Prusia, Baviera, Sajonia, Wurtemberg, Hannover, Austria, Hesse, etc.) pasaron en estado de guerra, desde el siglo VIII hasta 1925, mucho menos tiempo que Francia, la mitad de tiempo que Inglaterra, y muchísimo menos que Polonia, la "mártir"... más belicosa de Europa y del mundo entero.

Se ha considerado, por el excelente investigador norteamericano Quincy Wright [11] que hubo "unas 2.600 batallas importantes, participando estados europeos, en los 460 años comprendidos entre 1480 y 1940... Francia partici-pó en el cuarenta y siete por ciento de esas batallas. Los diversos estados alemanes, en el veinticinco por ciento, y Rusia e Inglaterra en el veintidós por ciento. El mismo escritor muestra que, de las 287 guerras afectando a los estados europeos en el período antedicho, el porcentaje de participación de los prin-cipales estados fue:

Inglaterra	28 %
Francia	26 %
España	23 %
Rusia	22 %
Austria-Hungría	19 %
Turquía	15 %
Polonia	11 %
Suecia	9 %
Italia (Saboya-Cerdeña)	9 %
Holanda	8 %
Alemania (Prusia y estados germánicos)	8 %
Dinamarca	7 %

[11] Quincy Wright: *A Study of War,* Universidad de Chicago, 1942.

---

[12] Russell Grenfell: *Unconditional Hatred. pág. 55.*

Estas cifras tienen más valor que la propaganda estruendosa y los lloriqueos de las vestales democráticas que, no contentas con dominar directamente medio mundo, y dictar su voluntad desde Wall Street y la City al otro medio, no dudaron en lanzar al mundo a una guerra de extensión y crueldad sin precedentes por la primordial razón —pretextos aparte— de que Alemania amenazaba el cómodo "statu quo ante".

El historiador británico Russell Grenfell computó el número de conflictos bélicos en que se vieron envueltos los principales estados europeos en el período crucial comprendido entre la batalla de Waterloo y el magnicidio de Sarajevo: Inglaterra participó en diez guerras; Rusia, en siete; Francia, en cinco; Austria y Prusia, en tres [12].

Pero bien sabido es que, en las guerras modernas, la primera víctima es la verdad. La estruendosa campaña propagandística aliadófila llegó a hacer creer a las masas mundiales que el Reich era el principal y único culpable del desencadenamiento de la guerra. Recordemos que, en junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, príncipe heredero de la corona austrohúngara fue asesinado en Sarajevo, Bosnia. Los asesinos eran de nacionalidad serbia. Austria-Hungría, sospechando la complicidad del Gobierno de Belgrado en el magnicidio, exigió una investigación oficial. Serbia se negó. Viena envió un ultimátum. Belgrado pidió ayuda a Rusia, campeona del paneslavismo. Alemania anunció que si un tercer país intervenía en la disputa entre Viena y Belgrado, se pondría al lado de aquélla. Serbia envió una nota diplomática harto despectiva en réplica al ultimátum austríaco. Austria declaró la guerra a Serbia el 28 de julio de 1914. Rusia movilizó anunciando que atacaría a Austria-Hungría si ésta osaba violar la frontera serbia. El embajador alemán en San Petersburgo hizo saber perso-nalmente al zar que la movilización significaba la guerra con Alemania. Francia, aliada de Rusia, declaró la guerra a Alemania... La pesadilla de las alianzas y coaliciones, como dijera Bismarck había desatado la guerra. Aunque la causa auténtica no fue ésta, sino el conflicto de intereses rusogermánicos por un lado, el ansia de revancha del "chauvinismo" francés, humillado en 1870 por Bismarck, por el otro y, dominando todo el conflicto, moviendo los hilos, o creyendo moverlos, Inglaterra, que abandonó su tradicional política proalemana y antifrancesa a partir del momento en que el kaiser Guillermo II obtuvo el acuerdo del Gobierno turco para la construcción del ferrocarril Berlín-Bagdad, vía terres-tre que cruzaba una zona "sagrada" para los intereses británicos.

Todo esto es política, y no tiene nada que ver con la moral, ni la ética ni, mucho menos, con la democracia. El gran mérito de la propaganda inglesa fue hacer creer al mundo que luchaba por el derecho, haciendo honor a su alianza —¡otra alianza!— con Francia, e indignada por la agresión alemana contra Bélgica. En efecto, Alemania, con objeto de coger del revés a las defensas francesas, violó la neutralidad belga. La postura del indómito cruzado británico lanzándose al combate para defender a un pequeño país recibió universal aclamación a

---

[13] William L. Langer: *European Alliances and Alignments, 1871-1890,* Nueva York, 1950.

[14] Ya sea por accidente, ya por decisión unilateral de un general ruso desquiciado, el caso —hoy

pe-sar de su intrínseca falsedad. Ya en 1887, durante una de las innumerables crisis franco-germanas, y cuando las relaciones entre Londres y Berlín eran inmejorables, Lord Vivian, ministro inglés de Asuntos Exteriores, dio abiertamente su aprobación al Gobierno alemán para invadir Bélgica, y a Bruselas se le dijo claramente que el Gobierno británico no intervendría en su favor [13]. Además, los planes militares de los Estados Mayores conjuntos inglés y francés consi-deraron siempre la posibilidad de una invasión anglofrancesa de Bélgica en caso de guerra común con Alemania. Es más, el secretario del Foreign Office, Sir Edward Grey, rehusó prometer la neutralidad británica en una eventual guerra entre Francia y Alemania, si ésta se comprometía a respetar las fronteras belgas. La pura verdad es que Inglaterra no fue a la guerra por Bélgica, ni mucho menos por Francia, sino para eliminar a un contrincante comercial y políticamente peligroso.

La Primera Guerra Mundial estalló a causa de un conflicto de intereses. No a causa de Serbia, ni de Bélgica, ni del famoso principio de las nacionalidades, del que ningún caso se haría en Versalles. Pero bueno será tener en cuenta que Rusia fue la primera potencia en movilizar [14]; que la respuesta de Serbia a la demanda de investigaciones sobre el magnicidio de Sarajevo fue vaga y deli-beradamente hiriente; que si Austria movilizó, también Serbia lo hizo, y po-siblemente antes; que Francia movilizó antes que nadie. Raymond Poincaré reconoció:

"Ni Austria-Hungría ni Alemania fueron las primeras en tener la intención de provocar una guerra general. No existe ningún documento que autorice a suponer que ellas habían planeado la guerra. Esta estalló a causa de los intereses divergentes de unos y otros y también por culpa del tinglado de las alianzas."

Hubo un volumen propagandístico, escrito por el judío Henry Morgenthau, embajador de los Estados Unidos en Turquía, en el que se relataba una supuesta reunión secreta, ocurrida en Potsdam, el 5 de julio de 1914. En tal ocasión, según Morgenthau —que recogía confidencias de segunda y tercera mano—, tres docenas de banqueros, industriales, militares y políticos alemanes se reunieron con el Kaiser para ultimar los preparativos de la guerra inminente. No obstante, la famosa Conferencia de 1914 nunca tuvo lugar, por la sencilla razón de que las personas que se pretende tomaron parte en ella se encontraban en otros lugares en esa fecha. A pesar de haberse probado hasta la saciedad que el libro de Morgenthau era, de principio a fin, una farsa, la Comisión Lansing lo presentó triunfalmente en Versalles como la prueba incontrovertible de la culpabilidad unilateral de Alemania en el desencadenamiento de la guerra, expresada en el denigrante artículo 231 del "Diktat". A pesar de haberse demostrado que el sedicente complot de Potsdam no había existido más que en la imaginación de Morgenthau y de que numerosos historiadores y publicistas de países Aliados y neutrales probaron que la culpabilidad única de Alemania era un mito [15], el artículo 231 fue mantenido

generalmente admitido— es que fueron tropas rusas las primeras en penetrar en territorio alemán, *antes de la declaración de guerra.*

---

[15] Los principales historiadores revisionistas fueron, precisamente, ingleses y norteamericanos: Grenfell, Harry Elmer Barnes, Charles Callan Tansill, Oswald Garrison Willards, Hartley Grattan

como necesaria coartada del ignominioso “Tratado”.

Si en Versalles se hubiera impuesto el célebre principio de las naciona-lidades, el “derecho de los pueblos a disponer de sí mismos”, Alemania no hubiera sido desposeída de 90.000 km.^{2} de su territorio nacional, y once millones de alemanes no hubieran pasado a depender de soberanías extranjeras y hostiles. A la República de Austria no se le hubiera prohibido, expresamente, por el “Tratado de Saint Germain”, de unirse a Alemania, a pesar de las afinidades étnicas, lingüísticas e históricas existentes entre ambas y del deseo de la mayoría de la población en ese sentido. El “derecho de los pueblos a disponer de sí mismos”, ese slogan que ocupa tan escogido lugar en el arsenal ideológico de las democracias, se transformó, así, en el derecho de los vencedores a disponer de los vencidos a su antojo. Los inmortales principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad fueron escarnecidos por los vencedores en todas partes, desde la Asamblea de la Sociedad de Naciones [(16)] hasta las selvas del Camerún y del África Austral, en donde ochental mil colonos alemanes fueron apaleados por tropas coloniales anglofrancesas y expulsados de sus hogares dejándolo todo.

Los famosos “puntos de Wilson”, preámbulo del “Diktat” sólo se cumplieron cuando beneficiaban a los vencedores; así, por ejemplo, era lógico, era justo, era moral que Polonia y Serbia consiguieran su famosa “salida al mar”, aún cuando en el primer caso hubiera que partir en dos a Alemania y aislar la Prusia Oriental del resto del país, y en el segundo se debiera disolver la personalidad serbia en el conglomerado yugoslavo, liquidando, de paso, la independencia de Croacia, grupo nacional que, dentro del tan difamado Estado austrohúngaro, gozó de amplísima autonomía interna. En cambio, nadie se preocupó de que Hungría y Austria tuvieran su “salida al mar” que les garantizaba el punto XI.

La “paz” de Versalles llevaba en sí el germen de nuevas guerras; políticamente, había creado nuevos irredentismos. Los croatas y los eslovacos habían sido liberados de la paternal tutela austríaca para ser sometidos, los unos al yugo serbioyugoslavo, los otros al yugo checo. Poblaciones específicamente húngaras

y muchos más. Dicho sea en su honor y en el de sus respectivas patrias.

Pero más peso aún que los estudios de esos historiadores, tienen las manifestaciones *post facto* de los jefes de Estado de las cuatro principales potencias de la Entente, Poincaré, Wilson, Lloyd George y Nitti, el ministro de la Guerra ruso, Suchomlinow, y el Jefe del Estado Mayor francés, mariscal Joffre: “Cuando leemos los documentos oficiales anteriores a 1914, más nos convencemos de que nadie deseaba, realmente, la guerra” (Lloyd George). “Ni Alemania ni Austria-Hungría tuvieron, jamás, la intención de provocar esta guerra” (Poincaré). “La Gran Guerra no ha tenido otro motivo que los intereses económicos de unos y otros” (Wilson). “La afirmación de la culpabilidad alemana fue un arma propagandística. Nada más” (Nitti). “Ni siquiera Clemenceau cree que Alemania es la única culpable” (Suchomlinoff). “La intervención de Inglaterra estaba prevista desde mucho tiempo antes (de su entrada en la guerra)” (Autor). “Nosotros contábamos con el apoyo no sólo de las seis divisiones inglesas, sino también de los belgas” (Joffre). (Citado por Peter Kleist, op. cit., y De Poncins. El testimonio de Joffre fue depuesto ante una Comisión parlamentaria, el 6-VII-1919.)

---

(16) En la S. de N. el Imperio Británico estaba representado por Inglaterra, Ulster, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y la India. Los seis delegados votaban, naturalmente, en bloque. Además, existían

pasaban a depender de la soberanía rumana, yugoslava y checa. Los alemanes de los montes Sudetes se convertían en sujetos checoslovacos; los de la Alta Silesia y el “Corredor” en polacos; los del Schleswig en daneses; los de Eupen en belgas; los del Tirol Meridional en italianos. A los desgraciados alsacianoloreneses se les decía que ellos, en realidad, eran puros franceses [17].

Económicamente, la paz de Versalles había asesinado a la vieja monarquía austrohúngara [18] para inventar, sobre sus ruinas, una serie de pequeños estados destinados a la miseria y al chantaje político. A Hungría se le había arrebatado el granero de Transilvania; Austria quedaba reducida a un amorfo territorio de seis millones de habitantes, de los que más de un tercio se aglomeraba en Viena. A Alemania se le habían arrebatado, además de sus colonias y de su flota, sus más ricas minas de hierro, y debía alimentar una población pletórica con una producción agrícola que —a causa de las pérdidas territoriales— había dis-minuido en un treinta y cinco por ciento. La nueva República de Weimar no podía ni pensar en comprar en el exterior lo que le faltaba para subsistir... la fac-tura de las reparaciones impedía toda compra. Al socaire del hambre y de la explotación de Alemania, la Revolución comunista latía en el interior, mientras los polacos y los lituanos violaban constantemente las fronteras de Este en expediciones de rapiña y saqueo distraídamente ignoradas por la Sociedad de Naciones.

Si políticamente Versalles era insostenible; si económicamente lo era aún más, a no ser mediante el uso permanente de la fuerza por parte de los vencedores, moralmente abría un abismo de incomprensión y de odio entre éstos y los vencidos. Que la consecuencia de todo ello fuera el progresivo empeoramiento de la situación hasta la explosión de 1939 no lo dijeron entonces y después todos los alemanes conscientes solamente, sino que lo corroboraron desde el propio campo de los vencedores.

Clemenceau, dirigiéndose a los cadetes de la Escuela Militar de Saint-Cyr les dijo, tres meses después de firmarse el Tratado de Versalles:

“No se preocupen ustedes por su futuro militar. La paz que acabamos de firmar, les garantiza diez años de conflictos en el centro de Europa” [19].

Por su parte, Lloyd George, dijo:

“La injusticia y la arrogancia ejercidas en el momento de la victoria, jamás serán olvidadas ni perdonadas. No puedo imaginarme otro motivo más poderoso

diversas “ficciones nacionales”, como el pseudo estado de Hedjaz, villorrio medieval a orillas del mar Rojo, cuya independencia había sido reconocida por Inglaterra. Huelga decir que el emir del Hedjaz vivía de los subsidios de la City y del lucrativo negocio de la trata de esclavos y votaba siempre, en Ginebra, en favor del Reino Unido. (*N. del A.*)

(17) Es un hecho histórico que el interés de París por la Alsacia y la Lorena arranca, cronológicamente, del momento en que se descubren las minas de potasa de Mulhausen, los yacimientos petrolíferos de Pechelbronn y el carbón y el hierro en la cuenca del Mosela. (*N. del A.*)

(18) No puede olvidarse que Viena pudo hacer más para impedir la guerra. Recuérdese la frase del Kaiser al monarca de Austria-Hungría: “¡Está usted haciendo demasiado ruido con mi sable!” (*N. del A.*)

---

(19) Savitri Devi: *The Lightning and the Sun.*

(20) Peter Kleist: Op. cit.

para una guerra futura, que rodear al pueblo alemán... de una serie de pequeños estados, muchos de los cuales están constituidos por pueblos que jamás han tenido un gobierno estable, pero que incluyen una abundante población alemana que exigirá muy pronto su retorno a la Madre Patria. La proposición de la co-misión polaca, apoyada por Francia, conducirá más pronto o más tarde, a una nueva guerra en el Este de Europa" [20].

Woodrow Wilson había, a su vez, manifestado ante el Senado de los Estados Unidos:

"La guerra no debiera haber terminado con un acto de venganza... ninguna nación, ningún pueblo, debían haber sido robados ni castigados. La injusti-cia sólo puede engendrar injusticias futuras."

Francesco Nitti, presidente del Consejo de Ministros de Italia había escrito, en su obra precitada sobre el Tratado de Versalles:

"El Tratado que hemos firmado no es la paz; es la guerra con otros medios más hipócritas y una traición a solemnes promesas anteriores" [21].

Si Clemenceau, Lloyd George, Wilson y Nitti, las cuatro figuras políticas más representativas de los países Aliados reconocen que el "Diktat" de Versa-lles, sobre injusto, era ineficaz y, además, el semillero de una nueva conflagración, huelga solicitar más testimonios en favor de esta tesis.

"PACTA SUNT SERVANDA... SIC REBUS STANTIBUS"

El artículo 19 del Tratado de Versalles era uno de los pocos que estaba impregnado de sentido común y previsor juicio. Decía así:

"La Asamblea de la Sociedad de Naciones puede, de vez en cuando, invitar a los miembros de la sociedad a proceder a un nuevo examen de los tratados que, con el tiempo, se hayan convertido en inaplicables, así como de aquellas si-tuaciones internacionales cuyo mantenimiento podría poner en peligro la paz del mundo."

He aquí una cláusula comprensiva, que tiene en cuenta el viejo aforismo jurídico; Pacta sunt servanda, sic rebus stantibus. Los pactos deben cumplirse, siempre y cuando las circunstancias que los motivaron permanezcan invariables. La costumbre, madre de la Ley, ha sancionado infinidad de veces, en el terreno internacional, la caducidad de los tratados. Pretender que puedan existir leyes y, aún menos, tratados, intangibles y eternos, es sencillamente infantil. Sobre todo si se trata de un pacto de la naturaleza del de Versalles [22].

No obstante, el desgraciado Tratado de Versalles, que había hecho caso omiso de la geografía, de la historia, de la economía, del derecho y de la etnología terminaría, cual monstruo mitológico, devorándose a sí mismo, ya que en su propio preámbulo recordaba a todos sus signatarios "la necesidad de respetar escrupulosamente todas las obligaciones de los tratados", lo que estaba en

[21] Michael F. Connors: *The Development of Germanophobia.*

---

[22] Paul Rassinier nos recuerda, en su documentada obra *Le veritable proces Eichmann... ou les vainqueurs incorrigibles* que, si los tratados internacionales fueran de vigencia eterna, como

contradicción con el artículo 19. Pero tal artículo sólo había sido redactado, según luego se vería en la práctica, para uso de los vencedores, muchos de los cua-les se consideraban desfavorecidos en el reparto. Las disensiones entre los "Aliados" de la víspera comenzarían ya en plena conferencia. Las hostilidades empezaron, de hecho, con la ofensiva de Lloyd George y Wilson para hacer adoptar el inglés como lengua diplomática con igual rango que el francés; ofensiva que desposeyó a la lengua francesa de un privilegio que, por ejemplo, el Tratado de Francfort no le había retirado. El humor negro no estuvo ausente de esas sórdidas peripecias; desde el engaño de Lloyd George que obtuvo de Clemenceau, rigurosamente ignorante en la materia, la cesión de la región petrolífera de Mossul, con el pretexto de "dar un hueso a roer a los arqueólogos y a los misione-ros", hasta la increíble campaña, conducida por brillantes inteligencias, para demostrar que la Renania era más latina que germánica [23].

Con respecto a Alemania, Austria, Turquía, Hungría y Bulgaria, en cambio, el "Tratado" era irreversible. Para ellos —y sólo para ellos— Versalles había alumbrado la Justicia Inmanente; como si no hubiere lesionado ningún grupo nacional o étnico; como si no hubiera lastimado ninguna ley geográfica; como si no hubiera perturbado, en ningún caso, el juego de la producción y de los cam-bios. Y esa maravillosa perfección no era solamente válida para unos cuantos años, sino para la eternidad de los tiempos. Europa había encontrado su forma definitiva. La rueda de la historia había cesado de girar el 28 de junio de 1919. Pero, insistimos, esto sólo rezaba para los vencidos; los vencedores, a parte de pelearse entre ellos por la posesión de la mayor cantidad posible de pastel, comprendían que, entre todos, estaban organizando una nueva guerra, más mortífera e irreparable que la recién terminada. En un libro, recientemente publicado, de M. Georges Bonnet, ex ministro de Asuntos Exteriores de Francia [24], se narra la respuesta de Philippe Berthelot —que detentaba tal cartera en 1919— a su colega austríaco Otto Bauer, que afirmaba que la balcanización de Europa y, particularmente, la inclusión de los Sudetes en el nuevo Estado checoslovaco provocaría una nueva guerra: "¡Bah! —respondió Berthelot, espíritu superior, según parece—. "¡Todo esto durará veinte años. Después, ya veremos!"... Ya se vio, efectivamente: Fue la Segunda Guerra Mundial.

Redactado oficialmente por tres hombres de Estado, de los cuales el más poderoso, Wilson, desconocía soberanamente la geografía [25] el Tratado de

pretendían los apólogos de Versalles, habría que validar ciertos tratados anteriores, nunca explícitamente derogados, que producirían muy curiosas situaciones. Así, por ejemplo, según el Tratado de Troyes, firmado en 1420, los reyes de Inglaterra, tienen derecho pleno a la Corona de Francia: según el Tratado de Madrid, firmado por Francisco I y Carlos V. Francia hubiera debi-do ceder Borgoña a España: según el propio Tratado de Versalles, los "Aliados hubieran debido iniciar el desarme, como hizo Alemania, etc. (*N. del A.*)

(23) Georges Champeaux: *La Grande Croisade des Democraties.*

(24) Georges Bonnet: *Miracle de la France.* Ed. Fayard, París. 1965.

(25) El ministro francés Philippe Berthelot contaba la siguiente anécdota: Una mañana, Wilson,

Versalles fue designado por una comisión de periodistas británicos como "el peor libro del año 1919". Aunque hubiera tenido en cuenta los principios de la equidad, la concepción estática del futuro en que lo encorsetaban sus paladines, su formalismo pseudojurídico y, sobre todo, su estrechez de espíritu lo condenaban a la alternativa de desaparecer o ser la causa del suicidio de Europa. La estúpida obcecación de liberales, demócratas, xenófobos franceses de estilo girondino, internacionalistas nebulosos... todas esas fuerzas a las que, Spengler llamaba el Mundo Abisal consiguieron que pereciera Europa como centro del Mundo para que perviviera el fantasma de Versalles.

EL "COMITÉ DES DÉLÉGATIONS JUIVES"

Además de las naciones participantes, en la contienda, tomó parte en las conferencias de Versalles la delegación de otra nación: la Nación Judía. Con tal pretensión se presentó y fue admitido un "Comité des Délégations Juives", que decía representar a israelitas de Palestina, Rusia, Canadá, Estados Unidos, Alemania, Ucrania, Rumania, Polonia, Italia, Bohemia, Eslovaquia, Inglaterra, Transilvania, Serbia y Francia. Esta "nación judía" decía tener diez millones de "súbditos".

Su influencia fue desproporcionadamente importante, y una de sus propuestas fue aceptada e incorporada a los Tratados de Paz: el Tratado sobre las Minorías Nacionales, firmado el 28 de junio de 1919, por el cual se obligaba a Polonia, Estonia, Lituania, Letonia, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, Albania, y Yugoslavia a "conceder la autonomía cultural y política a sus comunidades alógenas".

En realidad, según luego se verá en la práctica, este Tratado sólo se aplicó en los casos que interesaban a la comunidad judía. A Polonia, en este sentido, se le hicieron una serie de imposiciones absurdas e irritantes. Por ejemplo, se prohibía a los polacos celebrar elecciones en sábado, día que era declarado festivo para los judíos del país; los hebreos polacos, ese día, no podían ser citados a juicio, ni llamados a filas, ni se les podía exigir el pago de deudas ni salarios.

Clemenceau y Lloyd George discutían acerca del trazado de la frontera polaca. De pronto, la conversación se interrumpió y los tres estadistas se fueron a consultar un mapa desplegado sobre una mesa, permaneciendo silenciosos durante largo rato: "Venez donc à notre aide. Berthelot: à nous trois. nous ne sommes pas foutus de trouver la Vistule!" ("Venga en nuestra ayuda, Berthelot: entre los tres somos incapaces de encontrar el Vístula.") "Helo aquí, señor presidente —dijo Berthelot—. Este es un mapa alemán, y en alemán Vístula se llama Wechsel." "¡Aaaahhh!", exclamaron a coro los amos del mundo. (Georges Champeaux: *La Croisade des Démocraties*.)

---

(26) Lloyd George fue, durante varios años, abogado del Movimiento Sionista en Inglaterra. La colosal fortuna de los Sassoon —íntimos y asociados del Premier británico— fue amasada con el tráfico ilegal del opio, hecho público y notorio y jamás desmentido por nadie. El padre de Sir Philip, el

¿QUIÉN MOVÍA LOS HILOS...?

"En Versalles había una fuerza secreta que nos fue imposible identificar", dijo el presidente Wilson a su regreso a América, después de la fracasada Conferencia de la Paz. Infinidad de autores y tratadistas han estado de acuerdo con Wilson al afirmar que, detrás de los Clemenceau, los Lloyd George, los Nitti, los Meakino y sobre todo, detrás del propio Wilson, había una fuerza, in-ternacional y apátrida, que movía a los sedicentes "grandes estadistas" como marionetas. Esa fuerza misteriosa operaba, así mismo, detrás de la delegación alemana, minando sus ya de por sí escasos medios de resistencia ante el abuso concertado de que era objeto por parte de sus oponentes.

Hay un hecho trascendental, a propósito de la llamada Conferencia de la Paz que fue mantenido secreto por los que poseen el poder de esconder la verdad y proclamar la mentira como el nuevo Evangelio. Y es el siguiente:

Todas las decisiones de alguna importancia fueron tomadas por los Cuatro Grandes —Gran Bretaña, Estados Unidos, Italia y Francia— representados por Lloyd George, Woodrow Wilson, el barón Sonnino y Clemenceau. El consejero privado de Lloyd George era el judío Sir Philip Sassoon (26); el "alter ego" de Wilson era el coronel Edward Mandell House y su consejero privado, Louis Dembitz Brandeis, ambos judíos (27); el barón Sonnino era, él mismo, medio judío; en cuanto a Clemenceau tenía, como omnisciente secretario al israelita Georges Mandel (28). El consejero militar de los "grandes" era el judío Kish, y el intérprete —y única persona que asistió a todas las conversaciones celebradas por los primeros ministros—, era el hebreo Mantoux. El primer presidente de la Sociedad de Naciones, fue el judío Huymans quien, a su vez, nombró a su correligionario Lord Levy-Lawson of Burnham (29) director del Departamento de Prensa, desde el cual ejerció una feroz censura sobre las actividades de la "fuerza secreta e inidentificable" de que hablara Wilson en un fugaz momento de sinceridad.

Es bien sabido que los sedicentes "grandes" de Versalles no sabían geografía; en cambio, sus consejeros —y tal vez algo más que simples consejeros— estaban muy documentados en tal ciencia. Archibald Maule Ramsay dice (30): "Los secretarios y asesores judíos se reunían cada día a las seis de la tarde, después de las sesiones oficiales, y decidían el plan de trabajo a adoptar y las decisiones a preconizar el día siguiente". Los resultados de la tortuosa política de tales individuos fueron desastrosos para Europa.

La Delegación germánica en Versalles que, sucesivamente estuvo presidida por dos alemanes, el conde Brockdorff-Rantzau y Von Haniel, se componía de otros dos alemanes y los siguientes israelitas: Jaffe, Brentano, Deutsch, Rathenau, Von Ballin, Von Strauss, Warburg, Oscar Oppenheimer, Struck, Mendelssohn-Bartholdy y Wassermann (31). Por otra parte, en la Delegación americana se podía contar a los hebreos: Julian Mack, Leopold Benedict, Louis Marshall, Jacob Syrkin, Jacob de

"rey del opio", se casó con Aline de Rothschild, de París. (*N. del A.*)

(27) Antes de su ascensión a la Presidencia de los Estados Unidos, Woodrow Wilson había sido un alto empleado de la poderosa firma bancaria judía "Kuhn, Loeb & Co.", del Federal Reserve Board. Su campaña electoral había sido pagada por un consorcio de financieros de Wall Street, judíos en

Haas, Joseph Barondess, Nachman, Harry Cutler, Bernard Mannes Baruch, Louis Dembitz Brandeis, Edward Mandell House, B. L. Levinthal y el rabino Stephen Weisz (a) Wise.

Se objetará, no sin aparente razón que, al fin y al cabo, y por grande que pudiera ser la influencia de la judería, tanto en la Conferencia de la Paz como en la Sociedad de Naciones, las mayores autoridades jerarquicas, los primeros ministros, eran, con la única excepción del barón Sonnino, gentiles. La realidad es, no obstante, muy otra. Desde que el mundo es mundo, dinero significa poder. Evidentemente, un Gobierno —sobre todo si se trata de un gobrieno autocrático, de una monarquía tradicional no parlamentaria, o de un régimen nacionalista muy joven— puede, hasta cierto punto, mantenerse independiente del poder del oro. Pero no puede negarse honestamente que la influencia de éste será, siempre, muy importante, pudiendo llegar a ser determinante en regímenes llamados democráticos. En general puede, sin ultraje a la verdad, afirmarse que tanto mayor será la influencia del dinero cuanto más "liberal" y "democrático" sea el régimen de un pueblo. En efecto, los políticos profesionales, para conseguir un mandato parlamentario, necesitan de los votos de la masa. Una campaña electoral para conseguir, para comprar tales votos es costosísima. Las elecciones se transforman en un torneo publicitario en el que, con monótona regularidad, termina por triunfar el candidato que más dinero ha podido gastar en propaganda electoral. Pero como, en la mayoría de los casos, dicho candidato no posee el fabuloso capital necesario para costearse su propia campaña, debe tomarlo prestado. Y nadie da ni presta nada, a cambio de nada; y menos que nadie, un financiero. Para poder comprar sus votos y, con ellos, su promoción al envidiado cargo de "padre de la Patria", el político profesional ha debido vender o hipotecar su independencia personal al financiero o al grupo de intereses que la utilizarán en su propio beneficio. La consecuencia es que, en régimen democrático o pretendido tal, los gobiernos terminan por no ser cosa que Consejos de Admi-nistración de gigantescos trusts y monopolios. Y la democracia se transforma en una plutocracia.

Nos excusamos por esta digresión que estimamos necesaria para explicar la verdadera razón del poderío inmenso del judaísmo [32] y su absoluto o casi absoluto predominio en los países de regímenes parlamentarios. Y, en el caso

sus cuatro quintas partes, como mínimo. Antes de tomar una decisión importante, el Presidente consultaba con su "Brain Trust", integrado por los hebreos Brandeis (presidente del Tribunal Supremo), Mandell House, Bernard M. Baruch *y* el medio judío William C. Bullit. *(N. del A.)*

[28] El verdadero nombre de Mandel era Rothschild, pero no estaba emparentado con los banqueros del mismo nombre. (*N. del A.*)

[29] Multimillonario, emparentado con la judaizada alta nobleza de Inglaterra y propietario del conocido rotativo *The Daily Telegraph.* (Leonard Young: *Deadlier than the H Bomb.* pág. 50.)

[30] A. H. M. Rampsay: *The Nameless War.* pág. 57.

[31] Rabino Stephen Wine: *Años de lucha.*

---

[32] Nos referimos, claro es, al Judaísmo como movimiento político; no a la religión mosaica y, menos aún, al pueblo judío en su totalidad. (*N. del A.*)

[33] Según Henry Ford (en *The International Jew*), Wilson había delegado la mayor parte de sus poderes efectivos en el todopoderoso Bernard M. Baruch, el llamado "procónsul de Judá en América".

concreto que ahora nos ocupa, para aclarar la razón por la cual, en Versalles, y más tarde, en Ginebra, sede de la Sociedad de Naciones, el super-capitalismo, la alta finanza apátrida, con absoluto predominio judío, y sirviendo los fines del judaísmo político, pudo imponer sus objetivos a través de puestos clave ocupados por sus hombres. Wilson, nominalmente presidente de los Estados Unidos [33] no era, en realidad, más que el hombre del Federal Reserve Board. Clemenceau era el hombre de los Rothschild [34] con Mandel siempre a su lado. Sonnino era el agente del trust israelita "Olivetti". El japonés Meakino representaba a la Banca Gunzbourg, de Tokio. Lloyd George, por su parte, era el mandatario fiel de la city. Los pueblos soberanos y sus cacareados derechos no contaron para nada en Versalles. Las "fuerzas secretas e inidentificables" que habían dictado su "paz", prepararían, fatalmente, la siguiente conflagración mundial. La guerra de 1914-18 no fue más que el primer acto del suicidio europeo, que se consumaría en 1945.

DOS OBJETIVOS CUMPLIDOS

Del caos en que quedó sumido el mundo civilizado después de Versalles, dos hechos esenciales —los dos objetivos verdaderos de la guerra terminada— emergieron sobre el resto de las injusticias allí cometidas.

El primero fue la consolidación definitiva de la Unión Soviética como estado "soberano" y punto de apoyo del comunismo internacional. De ello tratamos en el siguiente capítulo.

El otro objetivo fue la llamada "Declaración Balfour" concediendo a los judíos un "Hogar Nacional en Palestina", en detrimento de los árabes que vivían en aquel país desde diecinueve siglos. Sorprendente coincidencia fue que ambos acontecimientos capitales —Revolución soviética y promesa del "Hogar Nacional judío" —se produjeran casi simultáneamente.

Para la exposición de los hechos, convendrá dar un salto atrás y situarnos a principios del año 1916. Las tropas francesas, derrotadas, se amotinan; Pétain reprimirá duramente la indisciplina e impedirá la desbandada general; Italia ha visto sus ejércitos seriamente diezmados por las tropas austrohúngaras; el coloso ruso se tambalea ante los serios golpes que le propinan los alemanes, turcos y austríacos y, más aún, a consecuencia del derrotismo interior que terminará por alumbrar la sangrienta Revolución de octubre de 1917. Los satélites balcánicos de Londres y París, Serbia, Montenegro y Rumania, se baten en retirada. Inglaterra tropezaba con terribles dificultades; la campaña submarina alemana ponía en

Mandel House y Brandeis eran dos hombres de Baruch.

[34] El jefe de Gabinete de Clemenceau era Georges Wormser, presidente del Consistorio Israelita de París y director de la "Banque d'Escompte", (Henry Coston: *La Haute Banque et les Trusts,* pág. 59.)

---

[35] En 1914, dos meses antes del atentado de Sarajevo, Italia tenía una alianza con Alemania, Austria-Hungría y Turquía. Londres compró la alianza italiana ofreciendo a Roma: como botín de guerra, una expansión colonial en África del Norte y Albania. La *volte face* italiana fue uno de los más sórdidos episodios de la I Guerra Mundial. (*Nota del Autor.*)

peligro el avituallamiento de las islas; en Egipto, el Ejército británico se batía en reti-rada ante las embestidas turcas, y la pérdida del Canal de Suez parecía inminente.

Fue entonces cuando Alemania ofreció a Inglaterra la paz sobre la base del "statu quo ante". Las fronteras europeas de 1914 serían restauradas. Inglaterra no podía hacer otra cosa que aceptar la oferta alemana. A principios de otoño de 1916, las reservas alimenticias de Inglaterra alcanzaban a tres semanas, y la campaña submarina germánica estaba en todo su apogeo. Las reservas de municiones eran todavía menores. El Ejército francés se amotinaba de nuevo e Italia [35], cuyas fuerzas armadas habían sido nuevamente batidas a las puertas de Venecia, negociaba una paz separada. Las tropas zaristas se retiraban tan apresuradamente en Ucrania que la mayor dificultad de la Wehrmacht era mantener el contacto.

Inglaterra estaba en una situación desesperada. Aceptar una "paz tablas" dejaba a salvo el imperio, pero evidentemente representaba un serio golpe moral para Inglaterra, a la par que dejaba a Alemania con las manos libres en el Este de Europa. No obstante, la alternativa era o aceptar la excelente oferta de Berlín y Viena, o perecer de inanición.

Londres había enviado tres misiones diplomáticas a los Estados Unidos desde el comienzo de la guerra, para tratar de persuadir a Washington de entrar en la misma como aliado de Inglaterra. Francia e Italia habían enviado igualmente sendas misiones con igual finalidad e idéntico resultado negativo. Los Estados Unidos estaban haciendo un magnífico negocio con la guerra, vendiendo a ambos bandos beligerantes y haciéndose pagar al contado. Las simpatías de la "Opinión Pública" —es decir, de unos cuantos fabricantes de noticias y comentarios, propietarios de periódicos, emisoras de radio y compañías cinematográficas—, estaban decididamente del lado de Alemania y de sus aliados. La alta finanza de Wall Street, que desde los tiempos del presidente William Howard Taft gobernaba por persona interpuesta en la Casa Blanca, era contraria a la Entente, por ser la Rusia zarista miembro esencial de la misma. Por otra parte, las tropas y autoridades alemanas de ocupación en Polonia y Rusia Occidental trataban a las comunidades judías de tales territorios con "gran comprensión, humanidad y cortesía", como se reconoció oficialmente en el Congreso Sionista de 1916 [36].

En general, el sionismo era partidario de los imperios centrales. La razón es obvia: Palestina formaba parte del imperio otomano, y los sionistas confiaban en que el kaiser, que, a parte de ser su aliado, mantenía excelentes relaciones personales con el sultán de Constantinopla, persuadiría a éste de la conveniencia de ceder a los israelitas Tierra Santa para instalar en ella el soñado Hogar Nacional judío. Los prohombres del sionismo, al enterarse de la oferta de paz de Alemania a Inglaterra, y en vista de que el sultán no parecía muy dispuesto a abandonar una parte de su patrimonio en favor de unas gentes que no tenían sobre el mismo ningún derecho, propusieron al Gabinete de guerra británico la incondicional

[36] Podríamos citar un par de docenas de libros escritos por autores ingleses, en los que se cubre de oprobio al judaísmo por su desafección a la Gran Bretaña, entre 1914 y 1916. Concretamente, en la bien conocida obra *Democracy or Shylocracy,* de Harold Sherwood Spencer se pretende que el judaísmo es "un instrumento del imperialismo germánico". (*N. del A.*)

ayuda judía. El acuerdo entre, el Gobierno de Lloyd George [37] y el "Zionist World Organization" preveía que, a cambio de la promesa del Hogar Nacional en Palestina que Inglaterra se comprometía a entregarles, los prohombres del judaísmo americano harían entrar a los Estados Unidos en la contienda, al lado de los países de la Entente.

Inglaterra prefirió continuar la lucha en tales condiciones, pues estaba segura de que, con la ayuda norteamericana y la traición del judaísmo contra Alemania en el continente [38] lograría mantener su posición de primera potencia mundial, como resultado de la victoria.

En efecto, Londres temía por encima de todo que Alemania, que contaba a tal efecto con la autorización del sultán, construyera el ferrocarril Berlín-Bagdad (en realidad la vía férrea abarcaba desde Hamburgo hasta Basorah, en el golfo Pérsico), lo que pondría en peligro la vieja línea imperial británica: Gibraltar, Malta, Port-Said, Suez, Socotra, Adén, Ceylán, Hong-Kong. Si Alemania o cual-quier otro país europeo deseaba comerciar con países orientales o simplemente entrar con sus buques en el Mediterráneo o salir de él, debía contar con la voluntad inglesa, que con el control del Canal de Suez y la entonces inexpugnable fortaleza de Gibraltar podía cerrar el Mare Nostrum a su arbitrio. El comercio del continente europeo con el Lejano Oriente estaba, pues, a la merced de la Gran Bretaña, cuya flota de guerra, además, era la dueña indiscutible de los mares. La ruta más corta entre Hamburgo y Bombay, si Inglaterra lo quería así, era por el cabo de Buena Esperanza, que, igualmente, estaba bajo la dependencia política de Londres. El camino más corto entre Alemania y la India requería, pues, tres semanas, y el más largo, contorneando África, ocho semanas. En cambio, el proyectado ferrocarril permitiría hacer el mismo viaje en ocho días. Alemania podría, en caso de conflicto bélico con Inglaterra, llevar un ejército de invasión a las fronteras de la India en menos de una quincena. Inglaterra ofreció sumas astronómicas al sultán para que retirara la concesión del tan traído y llevado ferrocarril a Alemania, pero el sultán rehusó.

Que la construcción proyectada de ese ferrocarril fue el verdadero motivo de que Inglaterra se reconciliara con Francia y provocara constantes fricciones con el joven Estado alemán está fuera de toda duda razonable. Igualmente cierto es que fue Inglaterra quien inició la maravillosamente bien construida red de alianzas "defensivas", clarísimamente dirigidas contra Alemania que, en una década, quedó en medio de un "anillo de la muerte" [39] constituido por la Rusia zarista, sus satélites balcánicos, Serbia, Bosnia, Montenegro y Rumania, más Francia,

[37] El propio Lloyd George habla de tal acuerdo, calificándolo de "decisivo" y de "salvador" en sus Memorias de Guerra.

[38] Los mismos judíos se han vanagloriado de tal traición. La alta finanza se volcó materialmente en ayuda de Francia e Italia.

[39] La expresión es de Guillaume Hanoteaux, ministro de Asuntos Exteriores Francés en 1914. (*N. del A.*)

[40] Entre 1895 y 1915, Guillermo II apeló en varias ocasiones al Sultán para la cesión de Palestina a

Bélgica, Dinamarca y, naturalmente, detrás de la "Home Fleet", Inglaterra. Hasta el lejano Japón, naciente potencia de rango mundial, sería persuadido a entrar en la coalición de las "democracias", así como Portugal y buen número de repúblicas latinoamericanas, económicamente infeudadas a Londres. A última hora se produciría el "coup de théatre" italiano, que completaba el cerco germánico.

La entrada en guerra de los Estados Unidos junto a la Gran Bretaña, la ayuda financiera del sionismo a Francia e Italia, las revueltas "sociales" financiadas en gran parte con dinero judío —de ello hablamos en el siguiente capítulo— desencadenadas con extraordinaria oportunidad en Alemania y Austria, transformaron una victoria alemana que aparecía segura en 1916, en una situación de transitoria igualdad, pese al derrumbamiento de Rusia —la odiada Rusia zarista de los "progroms"—, para desembocar en la sórdida estafa versallesca.

Los sionistas jugaron la carta alemana desde el comienzo de la guerra. Contaban con una derrota inglesa y con que la influencia personal del kaiser sobre el sultán lograría de éste la cesión de Palestina para la implantación del "Hogar Nacional judío" (40). Pero la mala disposición del sultán hacia tal proyecto, el hecho de que Alemania ofrecía a Inglaterra una "paz tablas" sin cambios territoriales, y con retorno a las fronteras de 1914 y, paralelamente, la situación en que se encontraba Inglaterra, que la obligaría a aceptar cualquier condición a cambio de la ansiada participación norteamericana en la contienda, movieron a los prohombres del sionismo a proponer su ayuda a la Gran Bretaña.

Numerosos escritores norteamericanos (entre otros Elizabeth Dillings, Olivia O'Grady, William Guy Carr, Robert Edmondsson, etc.) han narrado deta-lladamente las medidas tomadas por el judaísmo para hacer entrar en la contienda a los Estados Unidos. Es curioso el rumbo que, en unos meses, se hizo dar al presidente Wilson, un auténtico "cambio" sujeto a deficiencias psicosexuales. Cuando, a principios de 1916, el sionismo todavía espera que el kaiser obtendrá para los judíos el territorio de Palestina y Wilson hace tentativas para obtener la paz (una "pax germanica"), y Londres y París ni siquiera se dignan contestar a sus propuestas, Wilson exclamará que "ingleses y franceses hacen gala de una mala fe exasperante". (Véase Georges Bonnet: "Miracle de la France", París 1965, Ed. Fayard.

Es un hecho histórico que la gran Prensa norteamericana cambió brus-camente de orientación a partir del "London Agreement" entre el Gabinete de gue-rra británico y los sionistas. La propaganda aliadófila alcanzó grados de apología delirante, y las provocaciones antialemanas se multiplicaron.

En cuanto al incidente del *Lusitania* no fue más que un burdo pretexto. Los mismos americanos admitieron que el barco iba cargado con municiones con destino a Inglaterra, y armado con cañones de largo alcance. (Michael F. Connors: "The Development of Germanophobia".) Según el historiador americano O. Garrisson Willards, en *The True Story of the Lusitania,* el comandante del buque

los sionistas. Las relaciones entre el judaísmo y los Hohenzollern eran excelentes. Fue en Alemania donde los judíos obtuvieron, en primer lugar, el reconocimiento de la igualdad de derechos con respecto a los otros ciudadanos. El Congreso Sionista Mundial, asimismo, tuvo su sede en Berlín

tomó una ruta opuesta a la que se le ordenó en Nueva York internándose en una zona que se sabía dominada por los submarinos alemanes. Además el *Lusitania* fue hundido en febrero de 1915, y los Estados Unidos declararon la guerra a Alemania en abril de 1917, veintiséis meses más tarde. Es, pues, estúpida la versión oficial americana, según la cual Washington declaró la guerra, en un rapto de indignación por el hundimiento del pacífico transatlántico. Inmediatamente después de la pérdida del *Lusitania*, el Gobierno americano reconoció oficialmente que Alemania estaba justificada en su acción contra el buque, de acuerdo con el Derecho Internacional, con las Convenciones de La Haya sobre la conducción de la guerra submarina, y más aún con la práctica corriente, incluso en la paz, según el derecho a la legítima defensa que asiste a todas las naciones. En 1915, Alemania, para hundir al *Lusitania* —cargado de municiones— usó el mismo derecho vital que los norteamericanos en 1962 para amenazar con hundir a los mercantes rusos, portadores de armamento atómico con destino a Cuba, y eso que entre yankis y cubanos no existía estado de guerra declarada.

El pueblo alemán no tuvo conocimiento de esa auténtica "puñalada en la espalda", propinada por quien se suponía un viejo y fiel aliado, hasta el año 1919, en plena Conferencia de Versalles, cuando 117 dirigentes sionistas, a cu-yo frente se hallaba Bernard Mannes Baruch, el "procónsul de Judá en América" le reclamaron a los ingleses el pago de su "libra de carne".

...No obstante, Inglaterra no podía entregar Palestina a los judíos sin engañar a los árabes. Sin escrúpulo alguno, Londes se vendió a los musulmanes y cristianos de Tierra Santa al sionismo internacional. Esto constituye una de las más sórdidas estafas de la Historia Contemporánea.

En efecto, a finales de 1915, cuando los turcos habían ocupado Sollum, la expedición francobritánica a Gallípoli había terminado en un completo "fiasco", y el general Townshend se encontraba sitiado y en trance de rendirse en Kut-el-Amara, la defensa del Canal de Suez aparecía imposible. Inglaterra necesitaba la ayuda de los árabes para continuar la guerra. Su única solución consistía en organizar la sublevación de los árabes, entonces sujetos del sultán de Constantinopla. Los árabes prometieron a Inglaterra luchar a su lado contra los turcos, a cambio de la promesa británica de ser libres de todo control extranjero una vez victoriosamente terminada la guerra. Es un hecho histórico que solamente gracias a la ayuda árabe pudo Inglaterra conservar el control del Canal de Suez. Sir Henry MacMahon, alto comisario británico en Egipto, había pro-metido solemnemente, en el nombre del imperio británico al Emir de la Meca que, a cambio de la ayuda árabe a los Aliados la Gran Bretaña reconocería la independencia de un Estado árabe en territorios que incluían Palestina. Los lí-mites de esos territorios, prometía oficialmente MacMahon, serían los siguientes:

hasta finales de 1915. (*N. del A.*)

---

(41) Citado por Olivia Maria O'Grady: *Beasts of the Apocalypse,* pág. 314-315.

Mersina, en el Norte.
Las fronteras de Persia, hasta el golfo de Bassorah, en el Este.
El océano índico, excepto Adén, en el Sur.
El mar Rojo, y el mar Mediterráneo, en el Oeste.

Un simple vistazo al mapa muestra que Palestina formaba parte de ese territorio. Sir Henry MacMahon hizo su promesa formal, en el nombre del Gobierno británico, en un memorándum fechado el 25 de octubre de 1915. El Gobierno británico confirmó oficialmente las promesas de MacMahon y el acuerdo fue firmado. Pero mientras millones de árabes luchaban y doscientos mil perdían la vida en la guerra de Inglaterra creyendo que se batían también por la libertad árabe, el ministro de Asuntos Exteriores inglés, Lord Arthur Balfour, se vendía alegremente Palestina al sionismo, a cambio de la promesa de los líderes de éste de provocar la entrada de los Estados Unidos en la guerra y de retirar todo su apoyo a Alemania. Como complemento de esa traición, Inglaterra y Francia, según los términos del acuerdo Sykes —Picot, se entendían para repartirse los territorios árabes —entonces bajo soberanía turca— al final de la guerra. Ramsey MacDonald, Primer Ministro de Su Majestad en 1923, resumió así esta triple maniobra:

"Nosotros provocamos una sublevación árabe en todo el imperio otomano, a cambio de la promesa de crear un Estado árabe independiente con las provincias árabes que formaban parte de aquél, incluyendo Palestina. Al mismo tiempo, animamos a los judíos del mundo entero a que nos ayudaran y contribuyeran a hacer entrar a los Estados Unidos en la contienda, a nuestro lado, prometiendo poner a disposición de los sionistas, y bajo su soberanía, las tierras de Palestina; y también al mismo tiempo, firmamos con Francia el Pacto Sykes-Picot, repartiéndonos el territorio que habíamos ordenado a nuestro alto comisario MacMahon que prometiera a los árabes a cambio de su ayuda. Muy difícil será encontrar en toda la Historia Universal un caso de más cruda duplicidad, y no podremos escapar a la reprobación mundial que será su justa secuela" (41).

Y así, mediante este triple engaño, respaldado por el falso sentimentalismo de la creación de un "estado-refugio" para los judíos, "víctimas de prejuicios religiosos", el sionismo obtenía los siguientes beneficios:

a) Una posición clave en el Oriente Medio, encrucijada de tres continentes.
b) El control directo del oleoducto del Irak, cuya terminal se hallaba en Haifa.
c) Una "doble nacionalidad" para los judíos.
d) Las riquezas del mar Muerto (cloruro cálcico, magnesio y, sobre todo, potasas).
e) La proximidad con el Canal de Suez y las zonas petrolíferas de Siria e Irak.

A pesar de los esfuerzos hechos por Inglaterra —que se reservó, como sabemos, Palestina como mandato de la Sociedad de Naciones— entre 1919 y 1948, solamente 600.000 judíos pudieron aposentarse en su "Hogar Nacional", debido a la feroz resistencia de los árabes. Fue necesaria la masiva ayuda nortea-mericana y soviética, al final de la Segunda Guerra Mundial, para aplastar a los árabes de

Tierra Santa, mientras Inglaterra se salía como buenamente podía del avispero que ella más que nadie había contribuido a crear.

* * *

Lord Melchett (a) Alfred Mond (a) Moritz, entonces presidente del mastodóntico trust "Imperial Chemical Industries" dijo, el 14 de junio de 1928, ante el Congreso sionista reunido en Nueva York:

"Si os hubiese dicho en 1913, que el archiduque austríaco sería asesinado y que, junto a todo lo que se derivaría de tal crimen, surgiría la posibilidad, la oportunidad y la ocasión de crear un hogar nacional para nosotros en Palestina... me hubieseis tomado por un ocioso soñador. Mas... ¿Se os ha ocurrido pensar cuán extraordinario es que de toda aquella confusión y de toda aquella sangre haya nacido nuestra oportunidad...?

"¿De veras creeis que sólo es una casualidad todo eso que nos ha llevado otra vez a Israel?"

Según parece deducirse de las palabras del "noble Lord", él —persona enterada e iniciada si las ha habido— no cree que "todo eso" (asesinato-provocación del archiduque Francisco-Fernando y consiguiente guerra generalizada entre los principales estados europeos) fuera una casualidad.

Como tampoco fue —posiblemente— una casualidad que fuera Gavrilo Princip quien lo perpetrara, y que el tal Princip, y cuatro de sus seis cómplices, fueran correligionarios del multimillonario Lord de los múltiples alias.

De esa casualidad, de esa coincidencia elevada al rango de constante histórica, hablamos en el siguiente capítulo, consagrado al comunismo "ruso".

CAPÍTULO II

EL COMUNISMO "RUSO"

"*Elementos judíos conducen, a la vez, el comunismo y el capitalismo.*"

DR. OSCAR LEVY: *The World Sig-nificance of the Russian Revo-lution.*

El comunismo, basado en el ateísmo, el materialismo histórico, la lucha de clases y la planificación a ultranza, se impuso en un país como la vieja Rusia, el carácter de cuya población eslava parecía totalmente opuesto al éxito de la utó-pica experiencia marxista en su territorio. Según el sociólogo y economista alemán Werner Sombart, el ruso es profundamente religioso, patriótico, soñador, perezoso y poco dado a innovaciones.

Por otra parte, no deja de sorprender al observador imparcial el hecho —en verdad mágico— de que el Ejército rojo, integrado, según el gastado cliché de la moderna propaganda, por "parias de la Tierra" y "esclavos sin pan" derrotase con tan singular facilidad al Ejército imperial. Al parecer, a nadie ha sorprendido —por lo menos a ningún historiador consagrado— que los hambrientos, desarra-pados proletarios dispusieron, tanto o más que las tropas zaristas, de ametrallado-ras, cañones, tanques y aviones. Nadie parece haberse preguntado —y seguimos refiriéndonos a los insignes catedráticos de la enseñanza oficial en todo el Occidente— de dónde salió el dinero para financiar una tan colosalmente costosa empresa como fue la Revolución soviética en Rusia. Porque no cabe duda alguna de que las cotizaciones de los escasos miembros del Partido —unos dos mil quinientos afiliados, teóricamente miserables parias—, no alcanzaban ni para pagar los desplazamientos de los conspiradores comunistas dentro y fuera de Rusia.

La respuesta a las dos interrogantes implícitamente planteadas en los dos párrafos precedentes es que, el por todos llamado "comunismo ruso" no es, pro-piamente hablando, "comunismo", ni tampoco es —excepto, quizá, en un sentido puramente geográfico— "ruso". No puede ser ruso un sistema político-económi-co que preconiza como fin último propio, la dictadura del proletariado y el in-ternacionalismo; que ha sido creado y modelado por individuos no-rusos y, sobre todo, que postula unos principios opuestos al alma rusa. El hecho de que, en

determinadas circunstancias, los objetivos políticos del comunismo inter-nacional hayan podido coincidir con los de la antigua "constante nacional" rusa —presión sobre los Dardanelos, intento de salida al Mediterráneo, e incluso expansión en Asia— no implica necesariamente que siempre haya sido ni siempre haya de ser así... ¿Eran patriotas rusos Lenin y Trotsky cuando organizaban huelgas en 1905 mientras las tropas nacionales se batían contra los japoneses...? ¿Lo eran desde 1914 hasta 1917 cuando predicaban el derrotismo y saboteaban el esfuerzo bélico de Rusia, entonces enfrentada a los imperios centrales? ¿O cuando en Brest-Litovsk aceptaban unas cláusulas de Armisticio que cualquier gobierno zarista hubiera rechazado?

Y, por otra parte, ¿es qué puede llamarse "comunista" a un sistema cuyo fundador, Marx, era hijo de un prestamista, cuyos propagadores, Lassalle, abogado de prestigio, Heine, poeta hijo de un mercader e íntimo de los Rothschild, Boerne, primogénito del emisario de los Rothschild en Viena, Engels, hijo de un fabricante de textiles, Moses Hess, rabino, hijo de un agente de Bolsa, provenían de la alta burguesía...?, ¿comunista un movimiento implantado en Rusia por Lenin, de origen pequeño burgués, y Trotsky, casado con la hija del banquero Givotovsky, y cuyos jefes auténticos eran y son personas detentoras de un capital y, paralelamente, de un poderío como nunca soñó el más tiránico autócrata? El comunismo real —tan diferente del teórico o propagandístico, destinado a cazar incautos— es la forma más brutal y más explotadora del capitalismo. Si en Occidente los estadistas de hoy no son, en la mayoría de casos, más que meros agentes de trusts y monopolios que transforman su poderío financiero en poder político, más o menos disimulado, en Oriente el gigantesco "gang" del Kremlin, sin trabas y sin necesidad de disimulo por haber liquidado físicamente a la élite nacional que podía oponérsele, ha podido montar el más feroz y desalmado de los capitalismos: el capitalismo de Estado soviético.

El exiliado rumano Traian Romanescu, ex profesor de la Universidad de Bucarest escribe a este respecto:

"Después de la muerte de Stalin, y probablemente para fijar sus posiciones en el cuadro de la nueva sociedad burguesa-capitalista que maneja el comunismo, los "socialistas" moscovitas completaron en 1954 una estadística de la situación material de los primeros 1.670 "hombres del trabajo" en la Unión Soviética. Como es natural, esa estadística no ha sido publicada, pero se ha conocido por la indiscreción de algunos miembros del Partido... En la Unión Soviética... 730 je-rarcas son multimillonarios y otros 940 son millonarios, es decir, capitalistas" [1].

En otro lugar de esta obra se habla de las flagrantes concomitancias de los líderes soviéticos con la alta finanza y el capitalismo Occidental. Para seguir un orden cronológico, empezaremos con la exposición de documentos y testimonios, procedentes de los campos más dispares, que establecen, con irrefutable autoridad histórica, que el comunismo soviético no es, contrariamente a lo que creen

(1) Traian Romanescu: *Amos y Esclavos del Siglo XX*, Editorial JUS, México, página 70.

los más, un sistema o una doctrina rusos sino que, al contrario, se trata de la manifestación visible de un fanático imperialismo que, ni por sus orígenes, su financiación, sus fines y sus caudillos reales puede, sin ultraje a la verdad, ser calificado de ruso.

UN TESTIMONIO INAUDITO

Rapport del Servicio Secreto americano, transmitido al Estado Mayor del Ejército francés. (Archivado con la referencia 7 - 618 - 6 np 912 S.R. 2. II. Transmis par l'Etat Major de l'Armée. Deuxième Bureau) [2].

"Sección I: En febrero de 1916, súpose por vez primera, que una revolución estaba siendo fomentada en Rusia. Se descubrió que las personas y establecimientos bancarios que a continuación se mencionan estaban complicadas en esta obra de destrucción: Jacob Schiff, Max Breitung, Felix Warburg, Otto H. Kahn, Mortimer Schiff, Jerome H. Hanauer, Banco Kuhn, Loeb & Co. Todas estas personas son judías. La firma bancaria mencionada está dirigida por los seño-res Schiff, Kahn, Warburg, Hanauer y Loeb.

"No puede haber, pues, duda ninguna de que la revolución que estalló un año más tarde, fue fomentada e iniciada por influencias claramente judaicas. En efecto, en abril de 1917, Jacob Schiff, en unas manifestaciones públicas, de-claró que gracias a su ayuda financiera la revolución rusa había podido triunfar.

"Sección II: En la primavera de 1917, Jacob Schiff empezó a comanditar a Trotsky con objeto de hacer estallar la revolución social en Rusia. El diario neoyorquino *Forward*, que es un órgano judeobolchevique, organizó una suscripción con el mismo objeto.

"Desde Estocolmo, el judío Max Warburg financiaba igualmente a Trotsky y los suyos. Éstos recibían también fondos del sindicato Rhenano-Westfaliano, importante empresa judeoalemana, así como de otro judío, Olaf Aschberg, del Nya Banken de Estocolmo. Así se establecieron las relaciones entre multi-millonarios judíos y proletarios de la misma raza.

"Sección III: En octubre de 1917, estalló la revolución social en Rusia y gracias a ella, ciertas organizaciones soviéticas asumieron la dirección del pueblo ruso. En estos soviets se destacaron especialmente los individuos que mencionamos a continuación:

Nombres adoptados	*Nombres verdaderos*	*Raza*

[2] Según el periódico *La Vieille France*, el contenido del rapport era conocido de todos los gobiernos de la Entente. *La Documentation Catholique* de París lo publicó in extenso en su número del 6-III-1920. Más tarde lo reproducirían publicaciones de tanto relieve como *The Times*, Londres, 9-II-1918, y *The New York Times*, Nueva York, 1-V-1922 y 31-XII.1923.

Lenin	Ulianov	Ruso [3]
Trotsky	Bronstein	Judío
Steklov	Nakhames	Judío
Martov	Zederbaum	Judío
Zinoviev	Apfelbaum	Judío
Kamenev	Rosenfeld	Judío
Dan	Gourevitch	Judío
Ganetzsky	Fuerstenberg	Judío
Parvus	Helphand	Judío
Lunacharsky	Lunacharsky	Ruso
Uritzky	Radomilsky	Judío
Larin	Laurie	Judío
Bobrov (Bohrine)	Nathansson	Judío
Martinov	Zibar	Judío
Sujanov	Gimel	Judío
Sagersky	Krochmal	Judío
Riazanov	Goldenbach	Judío
Soltantzev	Bleichmann	Judío
Tschicherine	Tschicherine	Ruso [4]
Pianitzky	Ziwin	Judío
Axelrod	Orthodox	Judío
Glazunov	Schultze	Judío
Lapinsky	Loewensohn	Judío
Zuriesan	Weinstein	Judío
Zhordania	Zhordania	Judío
Bogdanov	Silberstein	Judío
Kamkov	Katz	Judío
Tchernomorsky	Tchernomordik	Judío
Abramovich	Bein	Judío
Maklakovsky	Rosenbloom	Judío
Garin	Garfeld	Judío
Kamneff	Goldberg	Judío
Joffé	Joffé	Judío
Meshkovsy	Goldberg	Judío

Las secciones IV y V del documento tratan de las actividades procomunistas del banquero Paul Warburg y del rabino Judah L. Magnes. La sección VI descubre

(3) Investigaciones posteriores demostrarían que Lenin era hijo de un ruso a su ver de origen mongol, y de una judía, María Alexandrowna Blank. Su esposa, Nadezhda Kruppskaya, era asimis-mo judía. En la casa de Lenin sc hablaba yiddish, según el agente británico Herbert Fish, que vivió dos años junto al caudillo soviético. (Louis Marschalsko: *World Conquerors*, pág. 52.)

(4) Tschicherine, que llegó a ser comisario de Asuntos Exteriores, era, como Lenin, hijo de una hebrea. (Arnald S. Leese: *The Jewish War of Survival*, pág. 97.)

que Magnes, criatura política de Warburg y Schiff, fue dirigente de la organiza-ción sionista “Poale”, de tendencia marxista. La sección VII afirma que la revolu-ción marxista fomentada en Alemania en 1918 se desarrolló siguiendo las mismas directrices judías que la revolución social en Rusia, y revela que sus dos principales dirigentes, Rosa Luxembourg y Hans Haase, eran judíos. La sección VIII y última, resume:

“… Si tenemos en cuenta que la firma judía Kuhn, Loeb & Co. está íntimamente relacionada con el sindicato Renano-Westfaliano, entidad bancaria judeo-alemana, con Lazard Frères, banca judía de París y con la firma bancaria judía Gunzbourg, de San Petersburgo, París y Tokio, y si tenemos así mismo en cuenta que las mencionadas casas judías mantienen relaciones estrechas con la banca ju-día Speyer & Co., de Frankfurt, Londres y Nueva York y con la Nya Banken, Banco judío, declaradamente bolchevique, establecido en Estocolmo, comproba-remos que el movimiento bolchevique es la expresión de un movimiento general de los judíos y que ciertas casas de banca judías están interesadas en la organización de tal movimiento.”

LIBRO BLANCO DEL GOBIERNO BRITÁNICO

Mr. Oudendyke, embajador de los Países Bajos en San Petersburgo, y encargado de los intereses británicos en Rusia después de la liquidación de la Embajada de Su Majestad por los bolcheviques en 1917, envió un informe al Primer Ministro inglés, Lord Balfour, informándole sobre la gestación y desarrollo de la Revolución.

Este informe fue incluido en el *Libro Blanco del Gobierno británico*, publica-do en abril de 1919 con el subtítulo “Rusia n.° I”. He aquí un extracto del testimo-nio del embajador Oudendyke:

“Considero que la inmediata, supresión del bolchevismo es la tarea más urgente que tiene ahora el mundo civilizado, incluso si es preciso, para conseguirlo, desencadenar una nueva guerra. Y, a menos que el comunismo sea ahoga-do en su nido, ahora mismo, es inevitable que acabe abalanzándose, de una forma u otra, sobre Europa y el mundo entero… ya que (el comunismo) lo han organizado y lo dirigen judíos, gente sin patria cuyo único objetivo es destruir, en su beneficio, el actual orden existente.”

EL RAPPORT SISSON

Mr. Edgar Sisson, enviado especial del presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, envió un documentado informe a la Casa Blanca, en relación con los sucesos acaecidos en Rusia durante los cien primeros días de la Revolución. Mr. Sisson publicó su informe con la autorización del Gobierno de su país, en 1931, en un libro titulado *One Hundred Days*. Por otra parte, el Comité de Información Pública de los Estados Unidos editó los rapports Sisson, que incluían numerosas fotocopias de documentos oficiales, como “información de guerra” (serie n°

20, octubre de 1918, tras haber sido sometidos a estudio y aprobación de los investigadores de la Oficina Nacional del Servicio Histórico.

En los rapports se establece que "un sin fin de documentos e informaciones oficiales y de observadores privados, demuestran el carácter casi exclusivamente judaico de la Revolución de octubre-noviembre de 1917. Se mencionan los nombres de los banqueros Jacob Schiff y Max Warburg como principales financiadores de los revolucionarios; se cita la cifra con que contribuyó, personalmente, Schiff: doce millones de dólares. De hecho, se afirma que el citado Schiff comenzó su obra probolchevique con la financiación de la propaganda comunista en los campos de prisioneros rusos en Manchuria, durante la guerra ruso japonesa de 1905. Este extremo fue confirmado por el testimonio de George Kennan, autoridad en asuntos rusos y ex embajador norteamericano en Moscú. Kennan manifestó a un reportero del *New York Times* (5) que una "Sociedad de Amigos de la Libertad Rusa", financiada, dirigida y animada por Jacob H. Schiff. envió a los campos de prisioneros rusos en Siberia Meridional y Manchuria, una tonelada y media de panfletos de propaganda roja".

EL TESTIMONIO DEL EMBAJADOR FRANCIS

David R. Francis, embajador de los Estados Unidos en Moscú, mantuvo a su Gobierno puntualmente informado sobre los acontecimientos. El Depar-tamento de Estado publicó, más tarde, los documentos Francis, que han sido recogidos, entre otros autores, por Mrs. Elizabeth Dillings en su notable obra *The Plot Against Christianity*.

Alude, Mr. Francis, a un curioso telegrama enviado por el comunista de Petrogrado Fuerstenberg (Ganetzky), a un correligionario suyo. (Obsérvese la fecha —unos días antes de la Revolución—, el banquero y los demás apellidos mencionados, igualmente judíos.)

> "Estocolmo, 21 septiembre 1917.
>
> "Sr. Raphael Schautnann (o Scholan):
>
> "Querido camarada: La casa bancaria del señor Max Warburg, a raíz de un telegrama del presidente del sindicato Renano-Westafliano, abrió una cuenta corriente para la empresa del camarada Trotsky. Un abogado, tal vez el señor Kestroff, se hizo cargo de las municiones, cuyo transporte a Luleo y a Vardi organizó, juntamente con el dinero para el camarada Trotsky, según sus deseos.
>
> "Fraternales saludos, Fuerstenberg" (6).

El documento n.° 3, de la serie Francis dice, textualmente, así:

(5) El 24 de marzo de 1917.

(6) Publicado por la "Comisión de Información Pública". Washington, 1918.

"Circular del 2 de noviembre de 1914. Del Banco imperial a los representantes de la Nya Banken y a los agentes del Diskonto Gesellschaft y de la Deutsche Bank.

"Actualmente, tienen lugar conversaciones entre los agentes autorizados del Banco imperial y los revolucionarios rusos, M. M. Zenzinov y Luna-charsky... Estamos dispuestos a ayudar sus proyectos de agitación y de propaganda en Rusia a condición de que esa agitación y propaganda afecten, sobre todo, a los elementos combatientes en el frente. En ese caso, los agentes del Banco imperial tienen instrucciones de abrir a los revolucionarios los créditos necesarios al desempeño de su labor. Firmado, Risser.

"Suplemento a ese documento:

"Z. y L. entraron en relación con el Banco imperial alemán actuando de mediadores los señores Rubenstein, Max Warburg y Parvus."

Todas las personas mencionadas en ese documento a excepción del revolucionario ruso Lunacharsky, eran judías. Por otra parte, hay que contar con la influencia que en el Banco imperial alemán poseían los hebreos Rathenau y Von Bailin. Así mismo, como era público y notorio, los cinco Bancos "D" de Alemania —entre los que se mencionan al Diskonto y al Deutsche Bank— eran entidades judías.

El documento n.° 5 se refiere a una orden de pago cursada por el sindicato Renano-Westfaliano (calificado de entidad judeobolchevique por el Departamento de Estado americano) a un tal Svenson Baltzer y a Moses Kirch, representantes, respectivamente de la Diskonto Gesellschaft en Estocolmo y de la Deutsche Bank, en Ginebra. A Baltzer y a Kirch se les encarga suministrar fondos a los señores Ulianov (Lenin) y Bronstein (Trotsky).

En el documento n.° 6, el banquero Svenssen, de la "Banque d'affaires" Waldemar Hansen & Co., comunica a la Diskonto Gesellschaft que la cantidad de 315.000 marcos ha sido transferida a la cuenta del señor Lenin, en Kronstadt, en fecha 18 de junio de 1917.

El 7° documento se refiere a una carta del banquero Svensen al revo-lucionario judío Herzen (o Farzen) en Kronstadt. El capitalista Svensen escribe al proletario Herzen:

"Entregue los pasaportes y la suma de 207.000 marcos que usted ha recibido del señor Lenin, a las personas mencionadas en esta carta (adjunta)."

"El 8° documento da cuenta de que, según la orden de un tal Mr. Jullias, el Deutsche Bank ha pagado 32.000 francos que se han utilizado en la edición de panfletos comunistas.

Los documentos n.° 9, 10 y 11 hacen referencia a entregas de dinero (marcos, francos y coronas suecas) hechas por el sindicato Renano-Westfaliano y la Nya Banken de Estocolmo a los revolucionarios Fuerstenberg, Trotsky y Antonov [7].

Hay, todavía, un duodécimo documento, relativo a una comunicación del millonario comunista Parvus Helphand, a un tal "señor M", de Estocolmo,

anunciándole el envío de 180.000 marcos para la financiación de las actividades soviéticas en Finlandia. Parvus era íntimo de Trotsky y de Lenin.

Finalmente, en el tercer tomo de los documentos hechos públicos por el Departamento de Estado, y bajo la referencia n.° 861.00/228 - 1110, puede leer-se un telegrama enviado por el embajador Francis a la Casa Blanca en el que, entre otras cosas, se dice:

"... Considerando que el Gobierno provisional [8] tenía urgente necesidad de fondos, Inglaterra ha ayudado a Rusia, y probablemente continuará haciéndolo hasta el reconocimiento del Gobierno por todos los países Aliados, una ayuda urgente sería oportuna y muy altamente apreciada. Es extremadamente importante para los judíos que esta revolución tenga éxito. Si bien los judíos prestan tan importante ayuda, una gran discreción deberá ser observada, ya que ella (la Revolución) está entrando en una fase en que podría despertar la oposición de los antisemitas que tan numerosos son aquí."

Los mencionados rapports del embajador Francis fueron publicados por el Departamento de Estado bajo el título *Papers relating to the Foreign Relations of the United States*, en tres volúmenes.

EL RAPPORT SIMMONS

El reverendo George A. Simmons, superintendente de la Misión Metodista de Petrogrado hasta primeros de octubre de 1918 declaró, bajo juramento, ante el Senado de los Estados Unidos:

"... De entre los 388 miembros del Soviet de Petrogrado sólo 16 eran rusos, y todos los restantes judíos, exceptuando a un negro procedente de Nueva York, que se hacía llamar doctor Johnson...

"... De los 371, judíos pertenecientes al Soviet comunista septentrional, 265 —o sea más de las dos terceras partes— habían llegado a Rusia procedentes del Lower East Side de Nueva York.

"... Todas las iglesias de Petrogrado fueron profanadas. Sólo fueron respetadas las sinagogas.

"... Cuando la revolución estalló, las calles de Petrogrado fueron inundadas de pasquines y folletos de propaganda, escritos casi todos en lengua yiddish" [9].

EL TESTIMONIO DE VICTOR MARSDEN

Victor Marsden, uno de los periodistas de mayor renombre en Gran Bretaña

---

[7] Nombre auténtico, Antonov-Owsenko, judío, que sería nombrado cónsul soviético en Barcelona durante el período 1937-38.

[8] Mr. Francis se refiere al Gobierno prerrevolucionario de Kerensky (a) Kirbis Adler, correligionario de sus sucesores Ulianov-Lenin y Bronstein-Trotsky.

[9] Documentación del Senado de los Estados Unidos. Vol. III; núms. 62-65. Primera Sesión.

y corresponsal del *London Post* en Moscú durante diez años, escribió una documentadísima obra [10] sobre la Revolución bolchevique. Mr. Marsden hizo notar el elevado porcentaje de judíos que integraron el "apparat" gubernamental soviético; así, por ejemplo, la participación judía en la alta burocracia bolchevique, en 1918:

	Miembros	*Judíos*
Politbureau	22	17
Comisariado de Guerra	43	34
Comisariado del Interior	64	45
Comisariado de Asuntos Exteriores	17	13
Comisariado de Finanzas	30	26
Comisariado de Justicia	19	18
Comisariado de Higiene	5	4
Comisariado de Instrucción Pública	53	44
Comisión de Socorros Sociales	6	6
Comisión de Trabajos Públicos	8	7
Comisión de Reconstrucción	2	2
Delegación Soviética en la Cruz Roja	8	8
Comisarios Regionales	23	21
Comisión de periodistas (oficiales)	42	41
Comisión de Depuración	17	12
Supremo Consejo de Economía General	56	45
Bureau Consejo de Economía General	23	19
Comité Central del Congresode los Soviets	34	33
Comité Ejecutivo del V Congresodel P.C.	62	34
	534	429

La proporción de judíos en el aparato gubernativo soviético es ligeramente superior al ochenta por ciento. Pero hay que tener en cuenta que en la obra precipitada de Marsden se consideran rusos, georgianos, letones y de otras nacionalidades a una serie de personajes que, más tarde, serían identificados como judíos, como Sverdlov, Karakhan, Bukharin, Manuilsky, Rakovsky, etc.

LOS AMOS DE RUSIA EN 1919

Henry Ford Sr., uno de los primeros en comprender qué se escondía realmente detrás del bolchevismo "ruso" nos facilita una prueba estadística del aplastante predominio judío en Rusia roja (año 1919).

Organismo	*Miembros*	*Miembros totales judíos*	*%*

[10] Víctor Marsden: *Jews in Russia*.

Consejo de Comisarios Populares	22	17	77%
Comisariado de Guerra	43	33	77%
Comisariado de Asuntos Exteriores	16	13	81%
Comisariado de Justicia	21	20	95%
Comisariado de Hacienda	30	24	80%
Instrucción Pública	53	42	79%
Socorros Sociales	6	6	100%
Comisariado de Trabajo	8	7	88%
Delegados de la Cruz Roja rusa en Berlín, Copenhague, Viena, Varsovia y Bucarest	8	8	100%
Comisarios Provinciales	23	21	91%

O sea que, entre los 271 principales jefes soviéticos, según las investigaciones de Henry Ford, encontramos 232 judíos, lo que da el elevado porcentaje del 85,6.

"Cuando Rusia se hundió" —dice Ford [11]— "inmediatamente, surgió el hebreo Kerensky (Adler). Pero como los planes de Kerensky no eran lo sufi-cientemente radicales, le sucedió el judío Trotsky. Hoy (1919) cada comisario es un judío. De sus escondrijos salen los judíos rusos como un bien organizado ejército..."

"Ni uno sólo de los banqueros judíos de Rusia fue molestado, mientras que los banqueros no judíos fueron fusilados sin excepción. EL COMUNISMO SÓLO ES ANTICAPITALISTA CONTRA LA PROPIEDAD NO JUDÍA..."

Este párrafo de Ford es realmente revelador y cobra toda su vigencia cuando observamos como, desde 1917 hasta hoy, la familia Aschberg del Nya Banken de Estocolmo, controlando por la dinastía Rothschild, ha tenido a uno de sus miembros dirigiendo el Banco del Estado soviético. Victor Aschberg, hijo de Olaf Aschberg que contribuyó a financiar la Revolución de 1917, ocupa una posición paralela en importancia a la que tuvo hasta hace poco Bernard Mannes Baruch, y tiene hoy Sidney Weinberg en los Estados Unidos.

EL TESTIMONIO DE DOUGLAS REED

Mr. Douglas Reed, antiguo subdirector del *Times* londinense publicó en dicho periódico una serie de artículos transmitiendo los resultados de sus observaciones e investigaciones sobre los primeros tiempos de la Revolución de octubre. Extractamos:

"Es bastante conocido el importante papel jugado por los judíos dentro del aparato directivo comunista. Lo que apenas se ha dicho, pero es igualmente cierto, es que los otros partidos revolucionarios de Rusia estaban también dominados por los hebreos, de manera que, fuera cual fuera la resolución final de la Revolución, lo único cierto e indudable era, que los judíos colocarían a sus hombres en los lugares

[11] Henry Ford: *The International Jew*.



Más de diez partidos (todos "democráticos") dividían a Alemania en más de diez fracciones. El Nacional-Socialismo buscaba "concentración". Una misma voluntad hacia el mismo fin de engrandecer a la Patria.



El campo, que es el que debe suministrar víveres y materias primas a las ciudades, casi no recibía atención. Considerable cantidad de comestibles eran importados.



El campesino era generalmente visto como un ciudadano de tercera clase. Hitler se proponía unir a las tres clases sociales.



—El nuevo escudo nacional, el águila nacionalsocialista, se yergue por doquier; el nuevo estado debe demostrar lo que prometía. Obra del escultor Kurt Schmid— Ehmen.



La reconstrucción ha dado comienzo y la creación de gigantescos proyectos to-ma forma. Hitler da las primeras paletadas para la construcción de las nuevas autopistas del Reich.